

En la década peronista, la influencia política y social del movimiento sindical fue determinante y permanente. Esta influencia le dio al peronismo un fuerte componente popular y de clase. La penetración del sindicalismo en el aparato estatal y el frustrado intento de desindustrialización política expresado en el Partido Peronista no hicieron más que reafirmar la posición central de las organizaciones obreras en la sociedad argentina de mediados del siglo veinte. Lejos estuvieron de convertirse en sindicatos estatales que acataran cada una de las iniciativas del gobierno.

Partir de esta suposición, partir del poder sindical en la Argentina peronista, permite pensar la presencia de tres sindicalistas en el primer gabinete de Perón como una demostración de fuerza y no como cooptación; permite describir la conflictividad laboral como un avance de los trabajadores y no como mera maniobra gubernamental; permite, finalmente, afirmar que la identificación política peronista no era un síntoma de debilidad sindical sino su opción política, una opción consciente.

El poder sindical en la Argentina peronista (1946-1955)

www.edicionesimagogmundi.com



El poder sindical en la Argentina peronista (1946-1955)

Marcos Schiavi



Marcos Schiavi

Uy. Varis pago.

El poder sindical en la Argentina peronista (1946-1955)



Esta segunda parte de la investigación tiene por objetivo analizar precisamente la dinámica sindical textil y metalúrgica entre 1946 y 1948. Se propone reconstruir el proceso de organización y expansión de sus organizaciones obreras, su pasaje hacia sindicatos nacionales con miles de afiliados, y luego observar cómo se desarrolló la relación capital-trabajo en momentos de negociación y de conflictividad, como la huelga metalúrgica de 1947 y las huelgas textiles, por empresa y por rama.

Esta parte es la más extensa del libro debido a que este fue el período con mayor densidad histórica: fueron los años de conformación de las organizaciones sindicales, del establecimiento de las comisiones internas y las seccionales del interior del país, de los mayores conflictos y de la conformación de nuevas relaciones industriales. Está dividida en cinco capítulos. El primero («Consolidación política, auge económico y movilización obrera») tiene por función presentar el período; en él, se analiza la situación política, económica y sindical general.

Los siguientes dos capítulos («La organización del gremio metalúrgico» y «Negociación y conflicto metalúrgico») se centran en el caso metalúrgico. El primero estudia el devenir de la UOM: su organización interna, la relación con las seccionales del interior del país, sus efectos sobre el sector patronal, la reglamentación de las comisiones internas, la agremiación conjunta y el convenio colectivo que la confirmó. El segundo examina los acuerdos firmados entre las cámaras empresarias y la UOM de 1946 a 1948; se focaliza en el conflicto de noviembre de 1947 y en el poder ganado por el sindicato en las plantas.

Los últimos dos capítulos analizan el caso textil («Organización textil y conflictividad en las empresas» y «La regulación del conflicto textil»). En el primero, se observan los inicios de la conformación de la AOT y la injerencia que tuvieron en ella los problemas económicos de la actividad y la conflictividad en los lugares de trabajo. En el segundo, el énfasis está puesto en un doble proceso de regulación del conflicto; por un lado, la centralización de la negociación colectiva; por el otro, el mayor control de las dirigencias sindicales sobre sus afiliados. En ambas secciones, se analizan conflictos: las huelgas en Sudamtex, Grafa, Argos y Alpargatas; los conflictos en la rama lana y *cotton*; y la huelga textil de octubre de 1947.

04

p. 71

Capítulo 3

Consolidación política, auge económico y movilización obrera

Tal como había sido pensado originariamente, el proyecto político de Juan Domingo Perón había quedado trunco. Entre 1944 y 1945, pese a sus reiterados intentos, no había podido cerrar acuerdos ni con la Unión Cívica Radical (UCR), ni con los conservadores para que pusieran a su servicio maquinarias electorales eficaces. Su intención inicial había sido conformar una coalición de orden y paz social. Sin embargo, entre ese proyecto y el resultado final hubo grandes diferencias, la mayor de las cuales fue el lugar obtenido por los trabajadores y sus organizaciones sindicales, quienes de pieza importante pero complementaria, habían pasado a ser el principal soporte del gobierno.¹ Esto limitó y moldeó el naciente peronismo.

El proceso abierto el 17 de octubre de 1945 estuvo acompañado por lo que el historiador inglés Daniel James definió como un «espíritu de irreverencia y blasfemia (...) una suerte de "antiteatro", basado en el ridículo y el insulto, contra la autoridad simbólica y las pretensiones de la elite argentina».² El 4 de junio de 1946, al asumir la presidencia de la Nación, Perón era consciente de esto y de las dificultades políticas que acarrearía la posición ganada por los sindicatos. Por eso, uno de sus objetivos iniciales fue delimitar y canalizar la movilización sindical y menguar su poder político y social; todo esto lo hizo sin desatender la justicia social, uno de los pilares del peronismo.

Estos primeros treinta meses fueron de fortalecimiento político, crecimiento económico y movilización obrera. Cómo se conjugaron estos tres factores es lo que se propone describir este capítulo, para luego analizar sus vínculos con la dinámica sindical textil y metalúrgica.

1. J. Torre, ed. *Nueva Historia Argentina*. Vol. 8: *Los años peronistas: (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002, págs. 28-30.

2. D. James. *Resistencia e integración: El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana, 1990, pág. 50.

La consolidación política

El peronismo que asumió el poder en junio de 1946 era una expresión política joven e inestable. Se trataba de una coalición conformada apenas medio año atrás, con varios frentes de conflicto interno abiertos, que había enfrentado y vencido a los sectores más poderosos del país, en medio de un clima de movilización social inédito. Por todo esto, Perón consideró necesario estabilizar la situación, legitimarse y fortalecerse políticamente.³

En esta etapa inicial, el gobierno apostó a descomprimir el clima de polarización, generar consensos amplios y conquistar la aceptación de los grandes grupos económicos con los que se había enfrentado meses atrás. En este sentido, buscó atemperar el carácter de clase que lo había acompañado durante la campaña.⁴

En pos de construir una nueva legitimidad, alejada de la imagen autoritaria del gobierno militar, se propuso respetar las libertades políticas. No hubo ataques ni amenazas a los demás partidos en estos primeros meses. Hubo sí un enfrentamiento directo con la Corte Suprema de Justicia de la Nación y con la Unión Industrial Argentina (UIA). Con la Sociedad Rural Argentina (SRA), en cambio, se llegó a un acuerdo de convivencia pacífica. Esta búsqueda de un consenso más amplio fue exitosa: en 1948, en las elecciones parlamentarias, el peronismo sumó apoyos y superó así el 60% de los votos.⁵

En la coalición, para contrabalancear la impronta obrera y estabilizarla, se tomaron dos caminos complementarios. Por un lado, Perón fortaleció a sus otros dos apoyos clave: las Fuerzas Armadas y la Iglesia Católica.⁶ Por el otro, en lo que respecta a la organización partidaria, con la creación del Partido Peronista (PP) se intentó desindustrializar el movimiento y asignarle mayor autonomía a sus elites políticas.⁷

El gobierno necesitaba un partido unificado, homogéneo y disciplinado; por lo tanto, el PP (inicialmente llamado Partido Único de la Revolución Nacional) fue pensado en ese sentido. Sin embargo, pese a estas intenciones

3. L. Zanatta. *Breve historia del peronismo clásico*. Buenos Aires: Sudamericana, 2009; L. Doyon. *Perón y los trabajadores: los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

4. *Ibíd.*

5. P. Waldmann. *El peronismo, 1943-1955*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1985; F. Luna. *Perón y su tiempo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1992.

6. R. Potash. *El ejército y la política en la Argentina*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1985; L. Caimari. *Perón y la Iglesia Católica: religión, Estado y sociedad en la Argentina, 1943-1955*. Buenos Aires: Ariel, 1995; L. Zanatta. *Perón y el mito de la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.

7. M. Mackinnon. *Los años formativos del partido peronista: 1946-1950*. Buenos Aires: Instituto Di Tella, 2002; O. Acha. «Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo». En: *Desarrollo Económico*, vol. 44, n.º 174: Buenos Aires (2004).

originales, la conformación del PP y la disolución del Partido Laborista (PL) no implicaron que el movimiento sindical perdiera su posición política, por lo menos, no en la zona urbana.⁸

Como bien lo muestra Moira Mackinnon, la inmensa mayoría de los conflictos en relación con la estructuración del PP se vinculó a la participación sindical en él.⁹ Tanto los laboristas como los radicales renovadores habían aceptado integrar el nuevo partido, pero sin renunciar a sus ideas y reivindicaciones, por lo que las tensiones precedentes se trasladaron dentro del partido único. El punto máximo de conflicto fue entre septiembre y diciembre de 1947, también un momento sensible en el ámbito sindical: en las mismas horas en que se realizaba el primer Congreso General Constituyente del PP, Aurelio Hernández presentaba su renuncia como secretario general de la Confederación General del Trabajo (CGT). Recién a mediados de 1948, se generó una nueva dinámica interna, donde el recurso clave fue la representación por cuotas en las listas entre candidatos políticos y sindicalistas. Aunque ya sin partido propio, las organizaciones obreras mantuvieron a lo largo del período una fuerza innegable en el campo de la política.¹⁰

Más allá de estas tensiones internas, los primeros tres años políticos del peronismo pueden ser considerados exitosos. A partir de una victoria sorpresiva, alcanzada por una alianza electoral heterogénea e inestable, el peronismo logró consolidarse en el gobierno al lograr un apoyo electoral de casi dos tercios del electorado en apenas dos años. Es importante aquí recordar que entonces esta fuerza no tenía el halo de perennidad que tiene hoy; por eso, la importancia de esta consolidación en la que fue clave el aspecto económico.

El auge económico

Los principales ejes político-económicos del primer peronismo fueron una firme política de distribución del ingreso, la expansión del empleo y el aumento de la participación del sector público en el sistema productivo. En un comienzo, esta política fue realmente exitosa. En los primeros tres años, se produjo una acelerada expansión económica sustentada en una situación excepcionalmente favorable de la balanza de pagos.¹¹ Mientras, se registraba una creciente participación de los asalariados en el ingreso

8. Para un análisis sobre el Partido Peronista en el interior del país, véase D. Macor y A. Tcach. *La invención del peronismo en el interior del país*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2003.

9. Mackinnon, *Los años formativos del partido peronista: 1946-1950*.

10. *Ibíd.*

11. Entre 1938 y 1948, hubo diez años consecutivos de superávit de balanza comercial. Entre 1941 y 1948, ocho años de superávit de la cuenta corriente; y entre 1940 y 1947, siete años seguidos de acumulación de reservas. P. Gerchunoff y D. Antúnez. «De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo». En: *Nueva Historia*

nacional, impulsada por un incremento tanto del salario real como de la ocupación de mano de obra.

Se apostó con fuerza al crecimiento del mercado interno protegido, pues finalizada la Segunda Guerra Mundial, se consideraba seriamente el peligro de una crisis de subconsumo en la sociedad argentina a partir del regreso al mercado de las principales economías mundiales. Era esta una cuestión de vital importancia tanto para la supervivencia de sectores industriales desarrollados intensamente gracias a la sustitución de importaciones, como para contener la cuestión social.¹² Por eso, y en pos de evitar una brusca caída del empleo urbano luego de 1946, el gobierno se propuso dominar los resortes estratégicos de la economía sobre la base de la utilización de distintas herramientas: nacionalizaciones de los servicios públicos, rescate de la deuda pública externa, empleo de un sistema de control de cambios, nacionalización del sistema bancario, control del Estado del comercio exterior de cereales, apoyo directo a las industrias mediante créditos baratos, y estímulo al poder comprador del mercado interno urbano por medio del aumento del poder adquisitivo y el nivel de vida de la clase obrera y las capas medias.¹³

Ciertas políticas se habían aplicado antes de junio de 1946, durante el gobierno militar, en momentos en que Perón tenía en él una ascendencia indiscutible. En marzo de ese año, se nacionalizaron el Banco Central y los depósitos bancarios. También se impuso el control de buena parte del comercio exterior, lo que permitía desligar los precios de los alimentos en el mercado interno de los vaivenes internacionales y trasladar gran parte del excedente agroexportador al sector urbano-industrial.¹⁴

En paralelo, se tomaban medidas directas de apoyo a la industrialización. Un tiempo antes, se había empezado a organizar el Banco de Crédito Industrial¹⁵ y se había creado la Secretaría de Industria y Comercio (SIyC). A partir del decreto 14.630 de 1944, se le había dado forma al primer régimen

Argentina. Vol. 8: *Los años peronistas: (1943-1955)*. Ed. por J. Torre. Buenos Aires: Sudamericana, 2002.

12. A. Ferrer. *La economía argentina: las etapas de su desarrollo y problemas actuales*. México, DF: FCE, 1963.

13. R. Bitrán. *El Congreso de la Productividad*. Buenos Aires: El Bloque, 1994; E. Basualdo. *Estudios de historia económica argentina: desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006; P. Gerchunoff y L. Llach. *El ciclo de la ilusión y el desencanto: un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires: Emecé, 2010.

14. Para una historia del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio, véase S. Novick. *IAPI: auge y decadencia*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1986.

15. N. Girbal Blacha. *Mitos, paradojas y realidades en la Argentina peronista, 1946-1955: una interpretación histórica de sus decisiones político-económicas*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

de promoción industrial, que le otorgaba al gobierno autoridad para declarar de interés nacional determinada industria por un período de entre dos y cinco años; eso implicaba beneficios específicos, como cuotas de importación para bienes similares, tipos de cambio preferenciales para la introducción de maquinarias e insumos, y, en algunos casos, la elevación de los derechos aduaneros.¹⁶

En el Plan Quinquenal de comienzo de gestión, para la política industrial, se estableció, en primer lugar, que se protegerían las manufacturas existentes, especialmente la textil algodonera y la metalúrgica, y, en segundo lugar, que se estimularía el desarrollo de nuevas industrias destinadas a sustituir importaciones, como la producción de acero, laminados y productos químicos básicos. El aceleramiento del proceso de sustitución de importaciones, al expandir actividades de uso intensivo de mano de obra, generaba un alto nivel de empleo.¹⁷

Sin embargo, esta bonanza económica fue corta. Más allá de las políticas específicas que pudo aplicar el gobierno, el modelo de crecimiento continuaba dependiendo de las divisas ingresadas por la exportación de productos agropecuarios y su desviación hacia las urbes. La industria necesitaba de estas para hacerse de materias primas y maquinaria, y para solventar los altos salarios. En consecuencia, la caída del volumen exportado, el deterioro de los términos de intercambio a partir de 1949 y dos cosechas perdidas a comienzo de la nueva década, derivaron en un dramático descenso de ingresos de divisas y en una seria crisis económica, que se expresó en un incremento de la inflación y una caída de la actividad industrial.¹⁸

Antes de este desenlace, los tres años de prosperidad económica habían sido la base a partir de la cual se había producido un marcado mejoramiento del nivel de vida obrero. Las políticas económicas y sociales gubernamentales explican en parte esta transformación.

La justicia social

La justicia social fue uno de los principios fundamentales del primer peronismo. A lo largo de esos años, se impuso la idea de que era el gobierno el que aseguraba el bienestar de los más necesitados a través de distintos mecanismos. En verdad, esto se observó en determinadas políticas estatales, por ejemplo, el número de personas con cobertura de seguridad social, que se incrementó en más de un millón de personas en cinco años. Como complemento, en las áreas de salud y de vivienda, se originó una fuerte

16. C. Belini. *La industria peronista: 1946-1955, políticas públicas y cambio estructural*. Buenos Aires: Edhasa, 2009.

17. Ferrer, *La economía argentina: las etapas de su desarrollo y problemas actuales*.

18. Gerchunoff y Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto: un siglo de políticas económicas argentinas*; Basualdo, *Estudios de historia económica argentina: desde mediados del siglo XX a la actualidad*.

redistribución de los recursos estatales hacia los trabajadores. El control del precio de los alquileres hizo que solo aumentaran un 27,8% en doce años, en un mercado inmobiliario en el que, en 1947, más del 70% de las viviendas del área metropolitana estaba ocupado por inquilinos. En 1946, el número de camas en hospitales era de menos de setenta mil. Ocho años después, existían más de ciento treinta mil. En paralelo, hubo campañas masivas y nacionales para erradicar enfermedades endémicas. Con evidencia, la presencia del Estado aumentó rotundamente en estos ámbitos.¹⁹

El bienestar también incluía factores ajenos a la estatalidad. En los años peronistas, hubo un rápido crecimiento de servicios sindicales, tales como centros de turismo, asistencia médica de todo tipo, planes de vivienda, asesoramiento legal, comercios subsidiados y educación, particularmente de tipo profesional. Grandes responsables de este otro bienestar fueron entonces las organizaciones obreras, pues en ellas reposaron funciones que, en otras latitudes, eran parte del Estado de Bienestar. Peter Ross observa en esto un signo de desigualdad y un fracaso del gobierno; sin embargo, también puede ser pensado como una señal de empoderamiento sindical.²⁰

El bienestar y la justicia social eran también (y centralmente) mejores salarios y mejores condiciones de trabajo. Según Pablo Gerchunoff y Damián Antúnez, durante el primer trienio peronista, los salarios reales se incrementaron un 40%. Mientras la tasa de crecimiento del PBI fue del 8% anual, la del consumo fue del 14%. En paralelo, el ritmo de incremento de los precios se mantuvo cerca del 15% anual, a la par que el de los países más importantes de América Latina.²¹ La distribución del ingreso fue favorable a los trabajadores en este período.

El fin del laborismo y el desplazamiento de Luis Gay

¿A qué se debió esta mejora de las condiciones de vida obrera? ¿Cuál fue el actor principal? ¿El gobierno peronista o la movilización obrera? ¿O ambos? Este libro se propone demostrar que la movilización obrera impuso condiciones durante los primeros tres años peronistas, que corrió los límites que el gobierno quiso establecer a través de distintos controles.

La mayoría de las interpretaciones clásicas sobre el peronismo plantea otra cosa: el dominio estatal sobre un movimiento sindical pasivo. Según Hugo del Campo, por ejemplo, la etapa abierta en 1943 se cerró definitiva-

19. J. Torre y E. Pastoriza. «La democratización del bienestar». En: *Nueva Historia Argentina*. Vol. 8: *Los años peronistas: (1943-1955)*. Ed. por J. Torre. Buenos Aires: Sudamericana, 2002.

20. Según Ross «el peronismo clásico no instituyó un Estado de Bienestar, y fracasó en la construcción de un sistema equitativo, perdurable y justo». P. Ross. «Justicia social: una evaluación de los logros del peronismo clásico». En: *Anuario del IEHS*, n.º VIII: Buenos Aires (1993), pág. 107.

21. Gerchunoff y Antúnez, «De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo».

mente con la disolución del PL y el desplazamiento de Luis Gay de la CGT en enero de 1947, para iniciar «un proceso de concentración del poder que haría desaparecer cualquier resto de autonomía del movimiento sindical, subordinándolo a un régimen político cada vez más autoritario». ²² La investigación que aquí presentamos demuestra lo contrario. Precisamente, los doce meses que siguieron a la caída de Gay fueron los de mayor movilización obrera en toda la década peronista. Esto no quita que los dos hitos que menciona Del Campo no fueran de relevancia.

El PL fue disuelto el 23 de mayo de 1946. Luego de una pequeña resistencia inicial, la inmensa mayoría de sus miembros se sumó al nuevo partido y se desempeñó en cargos de importancia. ²³ El fin del PL supuso límites a la expresión política sindical; sin embargo, eso no significó que esta desapareciera. Determinados dirigentes sindicales ocuparon puestos en el flamante partido y en el Estado. Eran de origen sindical quienes se hicieron cargo de los ministerios del Interior, de Relaciones Exteriores y de Trabajo. ²⁴ También hubo sindicalistas que se transformaron en asesores de la Secretaría de Trabajo y Previsión (STyP), que fueron representantes en comisiones encargadas de proyectar y regular la legislación laboral, en el Instituto Nacional de Bienestar Social y en el Consejo Nacional Económico. Incluso la CGT participaba en reuniones de gabinete. ²⁵ Perón no estaba en condiciones de desprenderse de su principal apoyo político ni tampoco podía subordinarlo por decreto.

La elección de Luis Gay como secretario general de la CGT fue también una muestra de ese poder. Gay no contaba con el respaldo de Perón. En noviembre de 1946, acababa de finalizar el mandato del ferroviario Silverio Pontieri y, para elegir su sucesor, se conformó una comisión especial de veinticinco miembros. El candidato oficial del gobierno era Ángel Borlenghi. Sin embargo, en esa primera instancia, Borlenghi solo obtuvo tres votos. Luis Gay (del sindicato telefónico) tuvo diez y Juan Rodríguez (Unión Ferroviaria), doce. Luego, en una votación general del Comité Central, Gay venció por 40 a 37. ²⁶ El ahora secretario general de la CGT había sido uno de los líderes principales del PL; había estado asociado con las señales iniciales

22. H. Del Campo. *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*. Buenos Aires: siglo XXI, 2005, pág. 16.

23. E. Pont. *Partido Laborista: Estado y sindicatos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1984; Mackinnon, *Los años formativos del partido peronista: 1946-1950*.

24. Ángel Borlenghi, del Sindicato de Empleados de Comercio, era el ministro del Interior. Atilio Bramuglia, abogado de la Unión Ferroviaria, era ministro de Relaciones Exteriores. José María Freire, del Sindicato del Vidrio, era ministro de Trabajo.

25. Doyon, *Perón y los trabajadores: los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*.

26. Del Campo, *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*.

de resistencia a su disolución, lo que no le fue perdonado. En enero de 1947, luego de una maniobra del gobierno, debió renunciar a su nuevo cargo.²⁷

En su lugar, asumió Aurelio Hernández, quien no era un recién llegado al mundo sindical, ya que había sido un cuadro importante del movimiento obrero preperonista.²⁸ A lo largo del año anterior, había ocupado cargos importantes en el nuevo universo sindical.²⁹ A fines de 1947, renunció, y fue reemplazado por José Espejo, del Sindicato de la Alimentación.

Además de cuestiones político-partidarias, el desplazamiento de Gay había sido motivado por razones sindicales. El gobierno precisaba frenar la movilización en los lugares de trabajo y bajar la tensión entre capital-trabajo, y para eso necesitaba una CGT más leal.³⁰ Esto, sin embargo, no bastó. La movilización obrera en estos primeros treinta meses fue la mayor de todo el período peronista.

La movilización obrera

Los conflictos protagonizados por los trabajadores y sus organizaciones entre 1946 y 1948 fueron juzgados erróneamente por distintas vertientes historiográficas. Algunos especialistas los consideraron maniobras gubernamentales; es decir, huelgas que poseían todo el apoyo estatal detrás. Otros, simplemente, no los tuvieron en cuenta, no los estimaron importantes.³¹ En

27. Del Campo, *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*.

28. Su militancia fue precoz y amplia. Además de ocupar cargos en distintas organizaciones, fue director de las publicaciones *La Batalla Sindicalista* y *Acción Obrera*, y redactor de *Bandera Proletaria* y *El Obrero Maderero*. Datos extraídos de A. Hernández. *Salario vital*. Buenos Aires: Biblioteca del Enfermero, 1943.

29. Era secretario general de la Asociación del Personal de Hospitales y Sanatorios Particulares. Fue candidato legislativo en las elecciones de febrero de 1946. Incluso firmaba notas en el periódico de la central obrera. Contradictorio con lo que luego plantearía, uno de sus artículos comenzaba así: «Una clase rica, inescrupulosa, corrompida, inepta, rapaz y torpe ha engañado, oprimido y explotado sin tasa ni medida al pueblo laborioso argentino de la ciudad y el campo». *CGT*. 1 de mayo de 1946.

30. Más allá de esta afirmación, en este punto no concordamos con Louise Doyon, quien plantea que luego de la caída de Gay: «(...) la CGT dejó de aspirar a ser un representante del movimiento obrero ante el gobierno, para comportarse más bien como el representante del gobierno en el movimiento obrero». Doyon, *Perón y los trabajadores: los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, pág. 232. Consideramos que la situación en la central obrera era más compleja que esta afirmación.

31. Véase, por ejemplo, los casos de R. Alexander. *The Peron era*. Nueva York: Columbia University Press, 1951; G. Germani. *Política y sociedad en una época de transición: De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós, 1962; M. Peña. *Masas, caudillos y elites: La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*. Buenos Aires: Ediciones Fichas, 1971; J. Mafud. *Sociología del peronismo*. Buenos

este sentido, Louise Doyon realizó un aporte fundamental, pues sus trabajos fueron de los primeros en resaltar la trascendencia de estos hechos en el desarrollo del gobierno y los sindicatos.³²

Doyon refutó las interpretaciones que entendían la derrota del proyecto laborista como el hito que había marcado el fin de la historia del movimiento obrero en tanto actor social en el peronismo. En cambio, la investigadora considera que esto había cerrado «(...) la puerta a su pretensión de tener una voz independiente en las decisiones políticas. Sin embargo, no canceló su protagonismo como actor colectivo en las luchas sociales (...)».³³ En su tesis, demostró cómo gran parte de las reformas laborales se debieron a la organización y las luchas obreras, y que, con el correr del tiempo, esta persistente capacidad de los trabajadores para articular sus intereses corporativos fue generando fuertes tensiones dentro de la coalición gobernante.

En estos años, el número de afiliados a los sindicatos se triplicó: pasó del medio millón al millón y medio. El mayor crecimiento se produjo en la industria. Allí, en 1945, había algo más de doscientos mil afiliados. Tres años después, rozaban los ochocientos mil.³⁴ Esto alteró la relación de fuerzas internas del movimiento sindical, ya que la Unión Ferroviaria, aunque continuó siendo el sindicato más grande, comenzó a tener un contrapeso en las nuevas organizaciones industriales. El Estado apoyó esta sindicalización, pero esto no la explica completamente; para eso, es necesario reflexionar sobre el alto nivel de movilización obrera.

Entre 1946 y 1948, solo en Buenos Aires, hubo cerca de trescientas huelgas, con más de un millón de huelguistas y ocho millones de días perdidos.³⁵ Este gran aumento solo era comparable con el ocurrido diez años antes, en 1935-1936. Pararon trabajadores de la carne, azucareros, panaderos, textiles, metalúrgicos, petroleros, obreros de la construcción, del transporte, portuarios, municipales y bancarios, entre otros. Más allá de esta amplitud, Doyon pudo establecer una lista de principales modalidades de huelga en el período: no fueron un fenómeno confinado a Buenos Aires y sus alrededores, sino que tuvieron proporciones nacionales; fueron más frecuentes en la industria; la mayoría de las disputas fue promovida y dirigida por las organizaciones sindicales reconocidas; el grueso de ellas respondía al objetivo de ampliar los derechos de los trabajadores; la mayor

Aires: Américalée, 1972; W. Little. «La organización obrera y el Estado peronista, 1943-1955». En: *Desarrollo Económico*, vol. 19, n.º 75: Buenos Aires (1979).

32. Doyon, *Perón y los trabajadores: los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*.

33. *Ibid.*, pág. XXIII.

34. En 1948, la mitad del personal asalariado en la industria estaba afiliado a algún sindicato.

35. *Ibid.*, págs. 252-275.

proporción de los paros se había producido en el contexto del proceso de negociación colectiva.³⁶

Esta movilización obrera no solo impuso mejoras salariales. También impulsó una legislación social paralela, superior a la implantada por el gobierno, pues, a partir de los convenios colectivos, se conformó un cuerpo legal amplificador del espíritu de la normativa general.³⁷ Hubo, además, una innegable redistribución del poder en los lugares de trabajo. El gobierno, por su parte, no apoyaba automáticamente cualquier huelga; tampoco sostenía cualquier reivindicación. Se encontraba siempre más predispuesto a negociar las demandas salariales que a tratar reclamos acerca del control sobre el proceso de trabajo; intentó contener estos últimos, aunque sin mucho éxito.

En estos treinta meses iniciales, el gobierno encontró serias dificultades para neutralizar el conflicto social. Esto es innegable; la pregunta es por qué. Según Doyon:

«Perón pudo, en efecto, sofocar las pretensiones de autonomía política de los sindicatos, pero no pudo o no quiso anular su función como agentes de la lucha económica. (...) el cese de la dialéctica política entre la CGT y el gobierno no anuló la participación de los sindicatos en la redefinición del lugar de los trabajadores en el ámbito del trabajo y la sociedad».³⁸

En relación con este tipo de planteos, se puede hacer la mayor crítica al trabajo de la historiadora. En primer lugar, en nuestra investigación, planteamos que la dialéctica política entre el gobierno y la CGT no desapareció, que la central obrera no fue una parte del Estado ni estuvo controlada completamente por las altas esferas políticas del peronismo. La CGT debía responder ante sus representados, los sindicatos nacionales, y esto limitaba la ascendencia del gobierno sobre ella (que, sin dudas, era muy grande). Este trabajo de investigación se focaliza precisamente en estos sindicatos nacionales y en su poder dentro del movimiento obrero organizado. En segundo lugar, aquí también se intenta demostrar que Perón quiso, pero no pudo anular la función de los sindicatos como agentes de la lucha económica. Existe mucha distancia entre no querer y no poder.

Lo anterior nos lleva al punto nodal por discutir con la obra de Doyon: la distinción que realiza entre lo político y lo económico. A lo largo de su tesis, vuelve una y otra vez a resaltar la convivencia de la falta de autonomía política de los sindicatos, con una alta movilización obrera, exclusivamente económica. Primero, deberíamos plantearnos cuán contradictorio era esto; sobre todo, si tomamos en cuenta que el gobierno intentó desde un primer

36. Doyon, *Perón y los trabajadores: los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*.

37. *Ibid.*, pág. 286.

38. *Ibid.*, pág. 240.

momento frenar la conflictividad y el avance sindical sobre prerrogativas empresarias. Además, aquí consideramos que no hay conflictos puramente políticos y otros puramente económicos: ambas dimensiones están entrelazadas permanentemente. Luego, pensamos que la tensión política entre sindicatos y gobierno se expresó en los años iniciales a través de estos ciclos de huelgas, pero también dentro del Partido Peronista (PP) y del Estado mismo. La dialéctica política entre estos actores no cesó durante este período inaugural. En realidad, el gobierno no pudo dejar de depender políticamente de los sindicatos de manera tan rápida, ya que eran la columna vertebral de su fuerza política. Las organizaciones sindicales, por su parte, fluctuaban entre su identidad peronista y sus intereses particulares, conscientes de que estos, en ocasiones, eran contradictorios.

A modo de cierre

Los treinta meses iniciales fueron los más fructíferos del gobierno. Perón capitaneó una economía en pleno crecimiento al mismo tiempo que ampliaba sus apoyos y su legitimidad; y profundizaba su política social. Fue la época de oro del peronismo.

En paralelo a este auge económico, aumentaron los niveles de conflictividad laboral. Esta movilización le permitió al sindicalismo alcanzar gran parte de sus antiguas reivindicaciones. Los convenios colectivos firmados gracias a las luchas obreras incluyeron conquistas que la legislación peronista no consideraba.

Fue un momento de ofensiva, de mejoras en los ingresos y en las condiciones de trabajo, una coyuntura donde viejas prerrogativas patronales fueron puestas en discusión. En este sentido, en la actividad industrial se avanzó más gracias al poder creciente de las organizaciones sindicales en la negociación colectiva general y en los lugares de trabajo.

Con altos niveles de movilización obrera, los sindicatos metalúrgicos y textiles desempeñaron un importante papel durante estos primeros treinta meses. Ambos protagonizaron resonantes conflictos, tanto en Buenos Aires como en el interior del país, en el plano general, en la rama y en la empresa. Lograron organizarse masivamente: en 1948, los principales sindicatos de estas actividades tenían cien mil afiliados. Se ubicaban dentro de los cinco más poderosos del movimiento sindical argentino y habían transformado el equilibrio de fuerzas dentro de la CGT.

Como ya hemos dicho, el mayor estudio sobre el movimiento sindical entre 1946 y 1955 fue realizado por Louise Doyon. Sin embargo, debido a la propia naturaleza del trabajo, no tuvo para estos dos casos el grado de profundidad que aquí consideramos necesario. No dio cuenta de los vaivenes directivos, de las luchas en las empresas textiles (en el período, hubo huelgas de más de un mes en Sudamtex, Alpargatas y Argos), de la

puja por el reconocimiento de las comisiones internas, de la agremiación conjunta metalúrgica, de las tensiones intersindicales en el gremio textil, del enfrentamiento de la UOM con Aurelio Hernández, de la presencia comunista en las organizaciones, entre otras cosas. En el caso textil, además de falencias, en el trabajo de Doyon hay inexactitudes: la huelga de la subrama *cotton* y medias circulares no fue en septiembre de 1947 ni duró quince días; se desarrolló en julio y agosto a lo largo de cuarenta y cinco días; y la huelga de octubre de 1947 no fue únicamente de la subrama algodón, sino que incluyó toda la actividad. Según la historiadora, se trató de una huelga violenta; sin embargo, ninguna de las fuentes consultadas menciona actos o hechos que nos lleven a considerar el conflicto de ese modo.³⁹ Los siguientes cuatro capítulos buscan profundizar estos puntos, para desentrañar la dinámica sindical particular en textiles y metalúrgicos durante los primeros treinta meses de gobierno peronista.

39. Doyon, *Perón y los trabajadores: los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, pág. 264.

diferenciales. No podía haber peronismo (en realidad, lo que el peronismo representaba en la transformación de la relación capital-trabajo) en una sola región del país, pues debilitaba el proceso general y socavaba el poder sindical.

La mayoría de las seccionales del Conurbano bonaerense se conformó en 1946. El interior del país se fue sumando a lo largo de 1947. Las «anexiones» de las seccionales eran decididas por el propio sindicato del interior e incluían, en ciertas ocasiones, la visita de una delegación desde Buenos Aires. Un caso paradigmático fue Córdoba, donde, a fines de septiembre de 1946, se efectuó una asamblea convocada por el Sindicato Obrero Metalúrgico de la provincia, en la que se resolvió la incorporación a la UOM,¹⁷ un mes después, recibió la visita de Salvo.

Al tratarse de seccionales y no de sindicatos autónomos, las organizaciones en el interior del país perdían margen de maniobra, cuestión que llevó a conflictos abiertos en algunos casos. Por ejemplo, el 9 de agosto de 1948, en una reunión de delegados de la seccional Mendoza, se rechazó la intervención dispuesta por la central pues se consideró que la medida era inconsulta y arbitraria; por eso, se confirmó la comisión directiva vigente. El comunicado emitido cerraba afirmando que:

«Los métodos intervencionistas, puestos en práctica en forma discrecional por el repudiado ex secretario de la CGT Aurelio Hernández, hicieron escuela en algunos dirigentes que tratan de frenar a toda costa la lucha de los obreros por la conquista de sus más caras reivindicaciones».¹⁸

Un día después, una nueva reunión terminó con dos heridos de bala, como consecuencia de disparos realizados por uno de los enviados de la intervención. En las horas siguientes, fueron detenidos distintos dirigentes metalúrgicos mendocinos. En medio de este clima, el 14 de agosto se realizó una asamblea, que la prensa comunista describió así:

«Esta asamblea que había sido citada primero por la comisión directiva del gremio, fue luego convocada por Salvo. Nunca se vio en esta seccional una asamblea tan anormal, pues de los trescientos presentes, la mitad eran policías uniformados y de civil, funcionarios de la STyP y elementos extraños denunciados por divisionistas provocadores...».¹⁹

A fin de mes, cinco dirigentes mendocinos seguían detenidos, sometidos a proceso, acusados de «perturbadores gremiales».²⁰

17. *La Hora*. 24 de septiembre de 1946.

18. *La Hora*. 11 de agosto de 1948.

19. *La Hora*. 19 de agosto de 1948.

20. Para el caso de la ciudad de Tandil (Buenos Aires), véase D. Dicósimo. «El sindicalismo en los primeros gobiernos peronistas. Burocratización y representación

El caso de Mendoza muestra cómo la organización del interior del país conjugaba disciplinamiento y persecución a comunistas. Con estos métodos, la UOM logró armarse rápidamente en el ámbito nacional, consolidando una unión en lugar de una federación y subordinando los distintos sindicatos provinciales. Esta organización, más el liderazgo indiscutido de Hilario Salvo, le dio a la UOM en esos primeros años una estabilidad y una centralización que la fortalecieron al negociar con los industriales.

Las relaciones industriales metalúrgicas

DESDE AQUÍ ↓

Desde el mismo inicio del gobierno peronista, el sector patronal metalúrgico destacó una cantidad de novedades que consideraba alarmantes en las relaciones industriales: el aumento del costo de la mano de obra, la caída en el rendimiento obrero, la indisciplina, el ausentismo y el poder desmedido de las comisiones internas. Eran todas novedades hijas del peronismo, ligadas al poder sindical, al apoyo gubernamental y a un «preocupante» cambio en la subjetividad de los trabajadores.

A mediados de 1946, Nicolás Carbone, interventor de la Unión Industrial Argentina (UIA), recibió una nota enviada por la empresa TAMET, cuyo eje era el rendimiento obrero. En ella se solicitaba que, a través de la UIA, se gestionase la realización de una propaganda oficial por medio de carteles, difusión radial y gráfica, mediante la cual se buscara obtener un mayor rendimiento y una mejor asistencia de los trabajadores. La nota llamaba la atención respecto de la notable disminución de la productividad obrera, aunque evitaba referirse a sus causas. En cuanto a la inasistencia, comparaba el 5,5% de 1939 con el 11% de por entonces, lo que generaba desorganización y perturbación en el trabajo. Por eso, TAMET consideraba:

«(...) por encima de la acción que incumbe a cada industrial para hacer desaparecer esos factores, puede el Superior Gobierno estimular el trabajo, la disciplina y la asistencia por medio de una propaganda intensa cuyos resultados redundarán en beneficio no ya de la industria sino de la propia campaña de abaratamiento de la vida, cuyos resultados positivos interesa a todos asegurar».²¹

Esta situación se transformó en rutina. El ausentismo del que se lamenta amargamente TAMET acompañó las reivindicaciones patronales durante una década. A finales de 1946, la Cámara Argentina de la Industria Metalúrgica (CAIM) solicitaba a la Secretaría de Trabajo y Previsión (STyP) que estudiara una reglamentación para el pago de salarios en las faltas por enfermedad

en la seccional Tandil de la Unión Obrera Metalúrgica, 1946-1955». En: *Anuario del IEHS*, n.º 7: Buenos Aires (1993).

21. *Metalurgia*. Julio de 1946, pág. E3.

que facilitara la obtención del beneficio aludido, pero que, al mismo tiempo, reprimiera los abusos.²² Unos meses después, en una nota publicada en *Metalurgia*, el órgano de la CAIM, se afirmaba:

«(. . .) la comprobación de la enfermedad tal como hoy se hace favorece las maniobras de aquellos obreros que se valen de subterfugios para cobrar haberes indebidos. Resulta así un factor que estimula el ocio, en momentos precisamente en que los industriales se ven obligados a eliminar todo motivo de improductividad, a fin de mejorar sus costos y aumentar el rendimiento del trabajo. A nuestro juicio, el pago de jornal íntegro desde el primer día de enfermedad es la causa principal de los abusos a los que nos referimos».²³

Estas reivindicaciones patronales se entrelazaban, a su vez, con el problema metalúrgico más determinante del momento: la competencia con la industria extranjera. Para los industriales, los costos de producción (de la materia prima y de la mano de obra) eran los que llevaban a que la competencia con el exterior en pie de igualdad fuese utópica. En el caso particular del costo de la mano de obra, a comienzos de 1948, la CAIM publicó un estudio en el que se determinaba el porcentaje de aumentos directos e indirectos que el nuevo convenio representaba en relación con lo fijado en agosto de 1946:²⁴ se sumaba el 51,38% de aumento promedio de salario mínimo directo en todas las categorías y el 16,38% correspondiente a cargas adicionales (escalafón, licencias, salario familiar, etcétera).²⁵

A esto, los industriales agregaban su preocupación por la productividad. En septiembre de 1948, *Metalurgia* publicó declaraciones de Alberto Schärer, su vicepresidente primero, en las que resaltaba que la caída de la productividad se había producido pese a que los industriales habían mejorado, modernizado y ampliado sus plantas con nueva tecnología y sistemas de producción, y a que habían reconvertido los ambientes de trabajo, propiciando todo aquello que tendiera a ser más beneficioso para el desempeño humano. Entonces, ¿cuáles eran las causas?

Como factor principal, Schärer indicaba el ya mencionado ausentismo («(. . .) el obrero gana hoy lo suficiente para poder perder uno o dos días de

22. *Metalurgia*. Diciembre de 1946, pág. 5.

23. *Metalurgia*. Marzo de 1947, pág. 10.

24. Uno de los objetivos de este estudio fue ser presentado ante entes estatales que tenían acuerdos firmados con empresas metalúrgicas. Con esto, se buscaba presionar para poder ajustar los precios estipulados en los contratos.

25. No solo esto preocupaba al sector industrial, aunque sin duda era lo central. En esos mismos días, solicitaron la revisión de los decretos que fijaban precios máximos al hierro laminado, plomo en lingotes y plomo viejo de recuperación y estaño, y soldaduras de estaño; también, que se analizara la competencia que las empresas estatales pudieran generar.

labor por mes, sin que su presupuesto se resienta»);²⁶ las faltas injustificadas habían aumentado en el último lustro sustancialmente, y eso generaba un desorden productivo de envergadura. Como faltas injustificadas, incluían aquellas para las que se informaban problemas de salud de difícil confirmación médica. En relación con esto, Schärer se preguntaba:

«[las enfermedades] se han acrecentado tanto en los últimos tiempos que me hace reflexionar sobre si nuestros obreros antes concurrían enfermos a nuestras fábricas o si ha decrecido el nivel de la salud pública; el lumbago, los dolores de muelas, y los síndromes psíquicos, difíciles de constatar por nuestros médicos son hoy las más comunes de las enfermedades. . . ».²⁷

Un segundo punto era la declaración de insalubridad en ciertos sectores; esto conllevaba un aumento de mano de obra que no estaba acompañado de un incremento de la producción. Para revertir esta situación, su propuesta era mayor educación obrera, eliminación de ciertos elementos de las leyes obreras, una más prudente actuación de la justicia del trabajo, y, por último –y este es el planteo más llamativo de todos– la puesta en marcha del Instituto de Remuneraciones, para evitar de una vez por todas los convenios colectivos.

Como tercer factor, Schärer mencionaba la indisciplina. En este punto, la actuación de las comisiones internas y la agremiación conjunta jugaban un papel central. En ese sentido, afirmaba:

«(. . .) Ya un jefe no puede observar a un subordinado, sin que este responda airadamente, porque sabe que aunque la observación fuera justa toda una organización sindical está de su parte y no son pocos los jefes, capataces o encargados que se han visto suspendidos por la imposición de una comisión interna. El patrón que antes adoptaba una actitud enérgica en esas emergencias, opta hoy por dejar pasar hechos y actos que antes no hubiera tolerado. Influye muchas veces el temor a un paro u otros actos pasivos o de fuerza, que pueden perjudicarlo doblemente».²⁸

Esta aseveración muestra solo en parte lo problemáticas que resultaban ser las comisiones internas para el sector patronal. Eran uno de los mayores obstáculos con los que debía lidiar este sector en su campaña por alcanzar un mayor rendimiento obrero.

26. *Metalurgia*. Septiembre de 1948, pág. 23.

27. *Ibíd.*

28. *Ibíd.*

La visión patronal sobre las comisiones internas tuvo diferentes etapas. Luego de una primera instancia donde se propugnaba su disolución, se comenzó a bregar para que fueran funcionales a sus intereses:

«(...) Esperábamos que la responsabilidad y la medida tradicionales de nuestros obreros perfeccionarían el funcionamiento de las comisiones y llegarían a hacer de ellas eficaces colaboradores en un mutuo y fructífero entendimiento. Lamentamos tener que reconocer que en muchos casos no ha sido así. Hay comisiones internas que no ajustan su cometido a la función específica que les corresponde y, en vez de contribuir a la mejor armonía entre patronos y obreros por el leal cumplimiento de las obligaciones de unos y otros, se arrogan derechos y atribuciones que ninguna legislación les acuerda, desvirtuando totalmente las finalidades que motivaron su creación y transformándose en fuente de desorden, indisciplina y anarquía».²⁹

Ante esto, la patronal metalúrgica volverá una y otra vez a propugnar el control y la reglamentación de las comisiones internas. Sin embargo, y debido a la imposibilidad de imponer una reglamentación adecuada, la CAIM comenzó a buscar soluciones parciales, como lo demuestra la propuesta aparecida a comienzos de 1948 en la sección «Contestando a los socios» de *Metalurgia*:

«Le aconsejamos, por otra parte, que simultáneamente con el reconocimiento de la comisión interna y delegados establezca en un reglamento, a convenir entre esa firma y dichos representantes, las atribuciones y deberes de los mismos. A los efectos de que le sirva de orientación, le recomendamos el proyecto de reglamento preparado por esta cámara y que considera que debe regir el desempeño de aquellos delegados».³⁰

Se entrevén aquí dos de los desafíos que enfrentaban en las plantas a las organizaciones obreras con los industriales: primero, la lucha por su reconocimiento; luego, el intento de control de sus funciones. En ambos casos, el papel de la UOM fue importante tanto para propiciarlas como para reglamentarlas.

Las comisiones internas metalúrgicas

Los trabajos de Victoria Basualdo³¹ sobre comisiones internas y cuerpos de delegados son la base a partir de la cual parte nuestro análisis. Nos

29. *Ibíd.*, pág. 13.

30. *Metalurgia*. Abril de 1948, pág. 13.

31. D. Azpiazu, M. Schorr y V. Basualdo. *La industria y el sindicalismo de base en la Argentina*. Buenos Aires: Atuel, 2010; y V. Basualdo. "Labor and structural change:

apoyamos en ellos para caracterizar la organización sindical en los lugares de trabajo.

El cuerpo de delegados es un órgano colegiado que comprende a la totalidad de los delegados de un establecimiento laboral. El número de delegados permitidos en una planta se encuentra regulado y se relaciona con la cantidad de trabajadores ocupados en el establecimiento. Para ser candidato a delegado, por lo general, se debe estar afiliado a la organización sindical legalmente reconocida.

La comisión interna también es un cuerpo colegiado y está compuesta por un número reducido de delegados que, de acuerdo con los distintos reglamentos internos de las organizaciones sindicales, pueden ser elegidos por la totalidad de los trabajadores del establecimiento por voto simple y directo, o por los mismos integrantes del cuerpo de delegados. La comisión interna representa a la totalidad de los trabajadores de la fábrica ante la patronal y presenta sus reclamos. Es una instancia superior al cuerpo de delegados.

Ambos forman parte de la estructura sindical, lo que los convierte en la articulación entre los trabajadores del establecimiento y el sindicato nacional. El tipo de vínculo que los conecta es fijado por estatuto.

Durante el peronismo, adquirieron una importancia clave en varios sentidos: fueron parte importante de la explicación del elevado grado de afiliación alcanzado; garantizaron una efectiva aplicación de la legislación laboral y de los acuerdos colectivos; transformaron las relaciones en el ámbito de la producción; por último, tuvieron un papel determinante en la dinámica del conflicto sindical.³²

En lo que respecta a la organización de los lugares de trabajo, el caso metalúrgico fue paradigmático. Las comisiones internas del sector, fomentadas por los comunistas desde por lo menos una década atrás, buscaron el reconocimiento tantas veces negado por los industriales. Durante 1946, en los periódicos, aparecía reiteradamente la aceptación empresaria de las comisiones internas.³³ Sin embargo, esta no era automática, y en repetidas ocasiones, lograrla implicó llevar a cabo conflictos prolongados.³⁴

shop-floor organization and militancy in Argentine industrial factories (1943-1983)". Tesis doct. Columbia University, 2010.

32. *Ibíd.*

33. Entre mayo y julio fueron reconocidas las comisiones internas de La Cantábrica, TAMET, CATTIA, Talleres Coghlan, entre otras.

34. A esta propia movilización obrera se le debe agregar la defensa legal que tenían los delegados. A mediados de mayo de 1946, el director general de Trabajo y Acción Social Directa, Hugo A. Mercante, firmó una resolución a partir de la cual se le aplicó a la firma Juan María Ricciuti una multa de 100.000 pesos debido a que no había cumplido con una intimación anterior de disponer la reincorporación de un delegado obrero despedido sin causa justificada. La sentencia afirma que el despido sin causa justa de un delegado o representante obrero puede ser considerado

Lo ocurrido en SIAM, una de las empresas más importantes de la rama, fue una muestra de esa resistencia patronal a reconocer las comisiones internas. Además, este caso es interesante porque en él se observa el tenso vínculo entre el sindicato y la organización en la base.

El 11 de septiembre de 1946, los cuatro mil quinientos obreros de SIAM³⁵ comenzaron una huelga de brazos caídos en la fábrica de Piñeiro (Avellaneda). Reclamaban el establecimiento de las diversas categorías de acuerdo con el nuevo convenio metalúrgico. Por entonces, la empresa aplicaba la categorización, pero, según denunciaban los obreros, la forma en la que lo hacía rebajaba las categorías reales de cada operario e impactaba en sus salarios. Los aumentos salariales según convenio que debían regir eran de alrededor de \$ 0,30 por hora; sin embargo, solo se habían concedido incrementos de \$ 0,10 y \$ 0,15. Trabajadores entrevistados por el periódico comunista *La Hora* explicaban la situación:

«¿Cuál es la razón de la huelga que han iniciado?»

»- La empresa ha burlado el convenio y nos ha puesto a todos, casi al 95 %, como peones. Aquí tiene usted varios casos entre los que estamos con usted.

»- Yo - [decía] Seraffín Díaz- entré hace cinco años en la fábrica como medio oficial y ahora me ponen como peón (...).

»- Lo que queremos - [decía otro obrero] - es que se nos dé la categoría que nos corresponde de acuerdo con nuestra capacidad». ³⁶

La categorización era un tema nodal en el conflicto. No obstante, como muestra el siguiente fragmento, también existían tensiones relacionadas con la organización sindical:

un medio extorsivo, mediante el cual la patronal podría optar por desprenderse de cuanto delegado opusiera trabas o reparos al capricho o inconducta patronal. La norma que protegía a los representantes obreros, siempre según la sentencia, era la ley de Asociaciones Profesionales. *El Laborista*. 15 de mayo de 1946.

35. Osvaldo Coggiola sostiene que la tendencia posadista del trotskismo argentino contaba con sus principales posiciones sindicales en textiles y metalúrgicos, y que llegó a controlar la comisión interna de SIAM. Aunque no especifica la fecha, la postura que tomaron la UOM y el gobierno nos puede hacer suponer que ya por entonces esta línea tenía peso en la empresa. O. Coggiola, *Historia del trotskismo argentino (1929-1960)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985; véase también E. González, *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Del GOM a la Federación Bonaerense del PSRN (1943-1955)*. Buenos Aires: Antídoto, 1995; y A. Rojo, *El trotskismo argentino y los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Ediciones CEIP, 2002.

36. *La Hora*. 13 de septiembre de 1946.

«-Nosotros pedimos que la Secretaría intervenga y haga cumplir el convenio. La casa dice que hay sabotaje, pero es una infame mentira. Nuestro paro se realiza en perfecto orden. La casa pide que renuncie la comisión interna. Seguramente será para poner a los suyos. Pero la comisión interna la hemos elegido nosotros y la defenderemos». ³⁷

El 13 de septiembre, la medida fue declarada ilegal por el gobierno. Horas después, en una asamblea a la que asistieron cerca de quinientos obreros, un representante de la UOM y un delegado de la STyP exhortaron a los obreros a volver al trabajo. La asamblea, pese a esto, resolvió continuar con la huelga y reafirmar la confianza en la comisión interna, que, hasta entonces, había tenido a su cargo las gestiones para solucionar el conflicto. Esta, luego de recibir el apoyo de una asamblea realizada en el club Renacimiento, decidió tres días después por votación secreta volver al trabajo con la condición de que se resolviera el problema de la categorización (se llegó a un acuerdo por el cual la organización obrera de la fábrica estudiaría las calificaciones con los delegados de cada una de las secciones) y se ratificase el reconocimiento de la comisión interna. ³⁸

La existencia de comisiones internas de esta envergadura en establecimientos donde la sindicalización había sido hasta entonces dificultosa fortalecía al sindicato metalúrgico. Reconociendo esta importancia, la dirección de la UOM buscó mantenerla alineada a sus políticas. Por eso, ante la radicalidad de la comisión interna de SIAM, optó por intervenirla junto con la seccional Avellaneda, donde la primera tenía una fuerte ascendencia. Obviamente, esto no se logró sin conflicto.

El Congreso General de Delegados de la seccional Avellaneda que se debía realizar el 21 de diciembre de 1946, cuyo objetivo era refrendar la intervención, sorpresivamente no se pudo llevar a cabo por falta de número de participantes; esto era una muestra de resistencia. Sin embargo, y pese a la imposibilidad de refrendarla, la dirección de la UOM tomó la resolución de declarar a Víctor Gosis y Santiago González interventores de la seccional. ³⁹

Esta resistencia inicial perduró en el tiempo. Meses después, en una asamblea efectuada el 27 de abril de 1947, los delegados rechazaron un informe de la intervención, pues en él no se había notificado cuáles eran los cargos que pesaban sobre los antiguos miembros de la comisión interna. Luego, la nueva junta de delegados de SIAM decidió reclamar ante la intervención la convocatoria a una asamblea general que tratase particularmente esas acusaciones:

37. *Ibíd.*

38. *La Hora*. 17 de septiembre de 1946.

39. *La Época*. 22 de diciembre de 1946.

«(...) defendemos el derecho de todos los trabajadores a conocer lo que hacen sus dirigentes, porque los obreros somos los que damos la fuerza y sin nosotros es imposible la organización, porque nada debe hacerse en secreto o en pequeños círculos sino públicamente, ya que si representamos de verdad a los trabajadores no tenemos por qué ocultarles nada, jugando a las escondidas».⁴⁰

Para gestionar esto y hacer frente a cualquier cuestión que pudiera surgir hasta la resolución del problema, se nombró una comisión provisoria integrada por Roberto Puricelli (fundición), Alejandro Cinikas (edificio J), Oscar Martínez (mecánica), Marcelo Foshi (caldería) y Dante Minazzoli (edificio A).⁴¹

El conflicto se destrabó parcialmente cuando, el domingo 3 de agosto de 1947, se realizó un nuevo congreso de delegados de la seccional Avellaneda, presidido por Hilario Salvo, en el que se concluyó que era conveniente que en la nueva comisión directiva de la seccional no figurara ninguno de los integrantes de la anterior. Esta quedó integrada por quince obreros de quince fábricas distintas. Su secretario general pasó a ser Daniel Astengo, de TAMET.⁴² Pese a este avance, nada ocurrió con la comisión interna de SIAM, que continuó intervenida hasta fines de 1947.

Este caso deja entrever que la relación de la dirigencia de la UOM con sus comisiones internas era de mutua necesidad y desconfianza. El sindicato nacional no se oponía al surgimiento de comisiones internas, pues lo fortalecía como organización, pero al mismo tiempo, buscaba ajustar sus controles, lo que era también necesario para su afianzamiento. La actividad sindical en la fábrica legitimaba la presencia de la UOM mientras esta les aseguraba protección a las comisiones internas. Como bien lo dice David Montgomery, esta militancia en las fábricas no podría haber adoptado una forma abierta y crónica sin contar con defensas sindicales y legales: «Para comprender y apreciar la importancia de las luchas en el centro de trabajo debe tenerse en cuenta toda la red de controles sociales que lo rodean».⁴³ En síntesis, ambos se necesitaban. Cuán conflictivo era el vínculo dependía de factores políticos y de relaciones de fuerza.

40. A los compañeros de SIAM. Avellaneda, 28 de mayo de 1947.

41. *Ibid.*

42. *La Hora*. 4 de agosto de 1947.

43. D. Montgomery. *El control obrero en Estados Unidos: estudios sobre la historia del trabajo, la tecnología y las luchas obreras*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985, pág. 194.

La reglamentación de las comisiones internas

Claus Offe y Helmut Wiesenthal plantearon⁴⁴ que, en todos los países capitalistas, los sindicatos fueron aceptados como un elemento indispensable de representación de intereses, de orden y predicción sin el cual sería mucho más complejo controlar los conflictos laborales. Ahora bien, para cumplir esa función, pero también para negociar en condiciones favorables, los sindicatos debían cerciorarse de que sus miembros no llevaran a cabo imprudentemente su voluntad de acción. Es decir, los sindicatos debían evitar las huelgas «salvajes» de sus afiliados para fortalecer su poder de negociación.

Al ser reconocidas las organizaciones de base, el nuevo desafío que se les presentaba a los sindicatos era cómo regular su funcionamiento para evitar conflictos inorgánicos. Durante el peronismo, el reiterado pedido empresario de que se reglamentaran las comisiones internas hizo presuponer la inexistencia de ese tipo de controles. Distintos autores niegan la existencia de tal reglamentación.⁴⁵ Daniel James, por ejemplo, sostiene que «no existía en los contratos ninguna especificación detallada concerniente a la índole de la representación sindical, sus formas o sus poderes».⁴⁶ Sin embargo, en nuestros dos casos de estudio, la situación es diferente. Tanto el sindicato metalúrgico como el textil se dieron una reglamentación interna.⁴⁷

El 8 de noviembre de 1946, se realizó una asamblea general de delegados y comisiones internas metalúrgicas a la que concurrieron cerca de quinientos delegados de Buenos Aires y ciudades del Conurbano. En ella, fue aprobada una reglamentación para comisiones internas que contenía dieciséis artículos.⁴⁸ Lamentablemente, no pudimos acceder a este reglamento; solo lo conocemos a través de los comentarios de la prensa comunista y patronal.

En él, se estipulaba que la forma de elección de delegados se haría con la participación de todos los obreros en asamblea. Las autoridades de fiscalización del acto de constitución de las comisiones internas serían, exclusivamente, de la Comisión Administrativa Central (CAC) perteneciente a la UOM, la cual tenía también la capacidad de dejar caduca toda comisión. Esto implicaba, sin duda, un grado de control central muy alto.

44. C. Offe y H. Wiesenthal. «Dos lógicas de la acción colectiva». En: *Cuadernos de Sociología UBA*, n.º 3: Buenos Aires (1985).

45. L. Doyon. *Perón y los trabajadores: los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006; D. James. «Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina». En: *Desarrollo Económico*, vol. 21, n.º 83: Buenos Aires (1981).

46. *Ibid.*, pág. 334.

47. Más adelante, en el capítulo destinado a analizarlo específicamente, observaremos el caso textil.

48. *El Laborista*. 9 de noviembre de 1946.

Otro punto de discusión era un apartado del capítulo «Normas de procedimiento», en el que se propugnaba:

«Tratar en lo posible para que se eleve la producción en cantidad y calidad, sin que signifique un sacrificio físico, sino como obligación moral y para bien de todos los compañeros y para la economía de la Nación en especial».⁴⁹

Para los comunistas, esto implicaba un grave peligro, pues, a su entender, las comisiones internas debían luchar por disminuir el esfuerzo físico de los trabajadores. Sin embargo, lo que generaba mayor inquietud en los militantes comunistas eran las penalidades por indisciplina que el reglamento establecía: suspensión del trabajo sin goce de sueldo de entre uno y quince días, e, incluso, separación del establecimiento.⁵⁰

Este reglamento implicó una transformación considerable de los lugares de trabajo en dos niveles. En lo que respecta al nivel sindical, podemos afirmar que supuso un mayor poder de las comisiones internas sobre los trabajadores en la planta e imaginamos que también una mayor injerencia de la dirigencia sobre ellas. Por otro lado, respecto a la relación capital-trabajo, conllevó una mayor fuerza de estas organizaciones, que se advierte en los documentos oficiales de las cámaras empresarias. Por lo que deja entrever el descontento patronal, este reglamento se aplicó a lo largo de toda la década.

El editorial de *Metallurgia* de junio de 1947 se tituló «La actuación de las comisiones internas de obreros». En el texto, se transcribía una presentación efectuada al ministro de Trabajo, José María Freire, en la que se denunciaban ciertas acciones protagonizadas por las comisiones internas consideradas como extralimitaciones de insólita gravedad. En este caso particular, una de ellas había aplicado por sí sanciones disciplinarias a obreros: los había suspendido, tal como lo estipulaba el reglamento. La nota explicaba que, cuando el obrero suspendido había intentado ocupar su puesto de trabajo (desconociendo la medida), dos miembros de la comisión se habían presentado en el lugar y lo habían obligado a retirarse:

«No creemos necesario destacar lo absurdo de esta situación. Un reciente fallo judicial pone en duda el derecho del patrono de suspender al obrero por razones disciplinarias, al establecer que solo es justificada la suspensión por "razones de ordenamiento económico". Sin embargo, una comisión de obreros no solamente castiga a un compañero de trabajo con suspensiones, sino que también actúa con poder de policía al obligarlo a retirarse del establecimiento después de haber ocupado su puesto. (...) sería aceptar una usurpación de su autoridad [patronal] que haría

49. *Orientación*. 15 de enero de 1947.

50. *Ibíd.*

ilusorias la disciplina, el orden y el respeto de atribuciones que les son inalienables».⁵¹

Además del caso específico, los industriales denunciaban que algunas comisiones internas se arrogaban derechos y atribuciones que ninguna legislación les asignaba, generando desorden y anarquía; por eso, solicitaban al ministro medidas urgentes.

A este resquebrajamiento de las jerarquías, a este nuevo e innegable poder obrero en las fábricas, se les sumó tiempo después la agremiación conjunta: una de las características más importantes de la organización sindical metalúrgica.

La agremiación conjunta

A mediados de 1948, la STyP le confirió la representación de los empleados metalúrgicos a la UOM. Quedaba así atrás la disputa con la Unión de Empleados de la Industria Metalúrgica (UEIM). Los obreros y empleados pasaban a afiliarse dentro de una misma organización. Capataces, supervisores, oficiales y peones, entre otros, pasaban a integrar un único sindicato en condiciones de igualdad, lo que resquebrajaba, sin duda, la rígida jerarquía industrial; sobre todo, la de las grandes plantas. Esta victoria de la UOM implicó no solo enfrentarse a los deseos del sector patronal, sino también a los de la dirección de la CGT y, aunque no explícitamente, a los del gobierno; una victoria que se reconstruye en este apartado.

En septiembre de 1946, en la sede de la UOM, había quedado constituida la comisión provisoria de la rama de empleados, liderada por Pablo Bassi, quien se desempeñaba en la fábrica CATITA.⁵² Dos meses después, esta comisión presentó el petitorio de aumentos de sueldos para los empleados.⁵³ Antes de considerarlo, la patronal planteó la inconveniencia de la agremiación conjunta de empleados y obreros; abría, de este modo, una discusión que tardó casi dos años en saldarse.

En primer lugar, el petitorio no solo propugnaba la agremiación conjunta, sino que también delimitaba quién era y quién no era «empleado»:

«Queda entendido por empleados a los administrativos, técnicos, de ventas, de taller, capataces, porteros, ordenanzas, serenos y chauferes de administración, es decir todas aquellas personas que perteneciendo al personal de empresas metalúrgicas no hayan sido beneficiadas con el convenio firmado por la UOM el día 28 de agosto».⁵⁴

51. *Metallurgia*. Junio de 1947, pág. 3.

52. *El Laborista*. 18 de septiembre de 1946.

53. *Metallurgia*. Diciembre de 1946, págs. 5-7.

54. *Metallurgia*. Diciembre de 1946.

La negativa reacción patronal frente a este punto fue clara y lógica. El 23 de diciembre de 1946, dirigieron una nota a Hugo A. Mercante, director general de Trabajo y Acción Social Directa, en la que expresaban:

«La presentación del petitorio por la UOM, representando conjuntamente a obreros y empleados, crea un problema fundamental, no solo a nuestra industria, sino a la industria en general del país. No se trata de un problema de orden económico, si bien es cierto que repercutirá en la economía de la industria sino de un problema de principios fundamentales de los cuales no podemos apartarnos». ⁵⁵

Afirmaban que perjudicaría aún más el nivel del rendimiento obrero, que no había mejorado hasta ese momento. Lo afectaría, pues:

«(...) importaría, como decimos, un grave riesgo para el mantenimiento de la disciplina y el respeto jerárquico, ya muy disminuidos, y de los controles indispensables para el regular funcionamiento de las fábricas y, lógicamente, para el mantenimiento e incremento de la producción (...). No se puede esperar que estos empleados tengan la autoridad necesaria sobre los obreros, si están agremiados en el mismo sindicato, en el que se encuentran en una inferioridad aproximada de diez a uno». ⁵⁶

Teniendo en cuenta la reglamentación de las comisiones internas impuesta por la UOM, en la que se incorporaba la capacidad sindical de sancionar a miembros de la organización mediante suspensiones y despidos, si los capataces formaran parte de la UOM, esta, en alguno de sus niveles organizativos, podía imponerles una sanción. Quien debía vigilar y controlar podía llegar a ser castigado por aquellos a los que vigilaba y controlaba. El sector patronal no podía aceptar esto; no sin presentar antes oposición.

El no reconocimiento de la validez de la agremiación conjunta hizo inviables las negociaciones. El 15 de marzo de 1947, la representación patronal en las reuniones paritarias aceptó comenzar a tratar el convenio, pero haciendo la salvedad de que eso no implicaba el reconocimiento de la rama de empleados de la UOM y que el convenio al que se arribara no sería firmado hasta que no se resolviera el problema de la agremiación de empleados. ⁵⁷

Tres días después, se realizó una nueva reunión. En representación de los empleados metalúrgicos, asistieron Pablo Bassi, Sabas R. Avendaño, Orlando Carone y Nicolás Giuliani; este último, en su carácter de secretario

55. *Metalurgia*.

56. *Ibíd.*

57. *Metalurgia*. Marzo de 1947, págs. 3-6.

adjunto de la UOM. De los representantes patronales, los más destacados fueron Torcuato Sozio (SIAM), Marcos Zimmermann (SIAM) y José María Menéndez (TAMET). En ella, la UOM propuso aumentos que iban del 65% al 35%, dependiendo del sueldo del empleado, y la igualdad del salario masculino y femenino; el sector patronal se mostró dispuesto a aceptar los incrementos con porcentajes menores (de entre el 40% y el 20%), pero no la equiparación de género. Ante esta contrapropuesta, y luego de más de cuatro meses de negociación demorada, la representación de la UOM afirmó que se estaban «mofando» del sindicato. ⁵⁸

A comienzos de abril de 1947, sorpresivamente, un grupo de empleados metalúrgicos constituyó una entidad denominada Unión Empleados de la Industria Metalúrgica (UEIM), la cual presentó un petitorio el 11 de abril que reemplazaba al de la UOM. En él, los aumentos iban del 65% al 15% y los salarios femeninos se igualaban con los de los varones solo en el caso de los sueldos mínimos. Rápidamente, los industriales tomaron la UEIM como interlocutor válido y deseable. La CGT la apoyó, y miembros del gobierno la recibían y reconocían su legitimidad.

El origen de este nuevo sindicato es confuso. En la *Memoria y Balance*, publicada por la UOM en 1953, la versión oficial del sindicato era la siguiente:

«Dado esa posición patronal de resistencia a la unificación de los obreros metalúrgicos, fue preciso desarrollar una intensa lucha e incluso, para concretar las mejoras, hubo que hacer un convenio en el cual se daba la sensación de que los empleados pertenecían a una institución completamente aparte, y este hecho ha dado lugar a que los hombres que habían surgido como dirección de esta especialidad, se creyeran con el derecho y la autoridad e incluso con la fuerza suficiente para constituirse en una organización independiente, (...) y en un acto de traición, resolvieron separarse del seno de la Unión Metalúrgica, creando para esto un sindicato denominado "Empleados Metalúrgicos", sito en la calle Bilbao 3702». ⁵⁹

Es difícil delimitar cuándo la UEIM actuó bajo las órdenes de la UOM y cuándo la traicionó. También lo es caracterizar cuál fue el papel de la CGT en esta división. ⁶⁰

58. *Ibíd.*

59. UOM, *Memoria y Balance*, pág. 14.

60. En su edición del 13 de mayo, *La Vanguardia*, el periódico socialista, analizó este conflicto añadiendo como factor para tener en cuenta la conflictiva relación entre la CGT y la UOM: «Esta división [interna a la UOM] radicaría algunas de sus causas en el hecho reciente de la elección de secretario de la CGT por el comité confederal y en el cual la delegación metalúrgica se mostró generosa con el señor Gay,

A comienzos de mayo de 1947, una asamblea aprobó el convenio. Diez días después, una numerosa manifestación de empleados metalúrgicos afiliados a la UOM se reunió frente a la STyP. Denunciaban las anomalías con las que se había efectuado la asamblea gremial que había considerado el convenio y buscaban reafirmar la necesidad de la agrupación conjunta.⁶¹ Sin embargo, pese a esta manifestación, la separación entre empleados y obreros parecía haberse impuesto. El 11 de septiembre, María Eva Duarte de Perón, Orlando Maroglio (presidente del Banco Central) y Hugo Mercante se reunieron con una comitiva de la UEIM encabezada por Pablo Bassi y Armando Godoy.⁶² Con este encuentro, los legitimaban y reconocían. Mientras, la comisión reorganizadora de la rama de empleados de la UOM hacía saber que continuaba con su labor en pos de que los empleados volvieran a estrechar lazos con los obreros.⁶³

A comienzos de 1948, la UOM presentó su proyecto de escalafón para empleados, es decir, el nuevo convenio colectivo.⁶⁴ No obstante, y a pesar de que este proyecto fue presentado el 30 de enero, recién a partir del mes de septiembre se pudo comenzar a negociar. En junio, Pablo Bassi, secretario general de la UEIM, había entregado una copia del petitorio de empleados, el que se sumaba al que con anterioridad había presentado la UOM. En una nota dirigida a la STyP, la cámara empresaria metalúrgica preguntaba cuál era en conclusión el representante sindical de empleados metalúrgicos reconocido por el Estado. La discusión del convenio estaba paralizada debido a esto, lo que había llevado a que un congreso de delegados de empleados amenazara con llegar a la huelga si la STyP no resolvía el inconveniente confirmando la representación, por lo menos, a una de las organizaciones.

Finalmente, a mediados de julio de 1948, la prensa informó que la representación quedaba en manos de la UOM.⁶⁵ Así informaba *Metalurgia* la resolución gubernamental a sus afiliados:

«Los empleados metalúrgicos, como es sabido, se hallan agrupados en dos asociaciones sindicales, la UEIM y la rama empleados

con las consiguientes consecuencias para la buena marcha de la organización con respecto a la Secretaría de Trabajo. El actual secretario de la UOM, señor Salvo, debe tener muy presente esas circunstancias». *La Vanguardia*. 13 de mayo de 1947. La prensa comunista, por su parte, se preguntaba: «¿Por qué la dirección de la CGT no solo no trató de solucionar el entredicho, sino que favoreció rápidamente la escisión, contrariando el artículo IV de sus estatutos que dice: "no podrá formar parte de la CGT más que un sindicato por cada industria"?». *Orientación*. 17 de septiembre de 1947.

61. *La Época*. 11 de mayo de 1947.

62. *El Laborista*. 12 de septiembre de 1947.

63. *El Laborista*. 18 de septiembre de 1947.

64. *La Época*. 28 de enero de 1948.

65. *La Época*. 15 de julio de 1948.

de la UOM. Ambas entidades, en franco tren de obtener prosélitos, compitieron en la tarea de acumular peticiones sin orden ni concierto, que luego sometieron a la Secretaría de Trabajo y Previsión para su discusión con los patronos. El organismo oficial acaba de pronunciarse por el de la rama de empleados de la organización obrera y ha citado ya a los representantes patronales para iniciar las discusiones».⁶⁶

El hecho de que el gobierno reconociese oficialmente a la UOM provocó perplejidad y sorpresa en los industriales. A partir de ese momento, no solo tenían que lidiar con un sindicato metalúrgico único y poderoso, sino que debían negociar un petitorio «resultado de la competencia sindical y que, como tal, había servido de bandera para disputar la supremacía en el gremio».⁶⁷

El convenio de empleados de 1948

Hacía tiempo que se conocía extraoficialmente el petitorio presentado por la UOM en enero de 1948, pero el sector patronal no creía que se le fuera a dar curso en la forma en que había sido entregado. A su entender, tenía cláusulas que no podían ser aceptadas de ninguna manera, como la obligación patronal de someter a la aprobación de la comisión interna los aumentos que desease efectuar, el pago de adicional por título universitario o secundario, o el incremento automático del aguinaldo.⁶⁸

Abierto el debate paritario, el primer punto de discusión fue la retroactividad. Mientras la UOM quería que lo acordado tuviese vigencia desde febrero, el sector patronal consideraba que solo podría pensárselo desde el momento en que se había confirmado la representación de la UOM en empleados. A lo largo de septiembre de 1948, se fueron acordando y discutiendo ciertos artículos menores, y se dejaron los más sensibles para el final: se convino la entrega de guardapolvos, se retiró el pedido de bibliotecas, se planteó la imposibilidad de instalar los comedores solicitados.⁶⁹

66. *Metalurgia*. Agosto de 1948, págs. 3-4.

67. *Ibíd.*

*. El convenio de empleados de 1948 se analiza en este capítulo pues lo consideramos clave en la organización del sindicato. Este fue el convenio que confirmó la agrupación conjunta de empleados y obreros en la UOM.

68. *Ibíd.*

69. En esta primera ronda de negociación, se fijó, por ejemplo, el artículo 20, que estipulaba que las comunicaciones de carácter general dirigidas al personal debían efectuarse siempre en idioma castellano. En el acta, se sumó que los representantes de la UOM querían asentar como expresión de anhelo el deseo de que el personal que hablara en idioma español aparte de su idioma nacional lo utilizara dentro de los establecimientos. Ministerio de Trabajo. *Serie Homologación de Convenios Colectivos*

Un punto importante de discusión se relacionaba con el vínculo entre los convenios y las leyes. Por ejemplo, en el caso de las modificaciones al régimen de antigüedad, la representación patronal planteó que rechazaba de plano el artículo propuesto, pues esta cuestión estaba regida por la ley 11.729 y porque, según lo expuesto en el punto 10 de la resolución oficial del 15 de noviembre de 1947, no eran materia de convenio los asuntos contemplados expresamente en las leyes. Por su parte, el sindicato insistió en la petición, ya que lo que se buscaba era ampliar los beneficios que la norma reportaba.⁷⁰

La UOM volvería sobre este punto en las negociaciones de convenios obreros: cuando la patronal buscaba ajustarse a limitaciones legales, el sindicato planteaba que los convenios debían correr la ley más allá, a favor de los trabajadores.

Otro de los puntos de discusión era la cuestión de las inasistencias. El artículo 22 del petitorio estipulaba las condiciones para solicitar permisos sin goce de sueldo; para la representación patronal:

«(...) el mismo es inaceptable ya que (...) se convendría una fórmula que permitiría toda clase de abusos y serviría para incrementar el ausentismo que es uno de los problemas que más preocupa en la actualidad a las autoridades nacionales, así como también a las organizaciones sindicales e industriales».⁷¹

Recién en la segunda semana de octubre, se empezó a negociar salarios. Sin embargo, rápidamente, el nudo del problema se desplazó hacia las clasificaciones y a quiénes quedaban incluidos en el convenio. Una de las cuestiones determinantes era la inclusión o no en el convenio de jefes, subjefes y capataces.⁷²

Luego de dos pedidos de cuarto intermedio y de una nueva dilatación por parte de la delegación patronal, los representantes de la UOM definieron su actuación como totalmente desconsiderada para con la parte empleada, «a quien burlan con un ardid cuya única finalidad será el desconcierto y la intranquilidad en la masa general de empleados por la tardanza en arribar a una solución».⁷³ El sindicato amenazó con posibles conflictos en caso de que no se agilizaran las negociaciones y no comenzara a discutirse sobre bases sólidas. Pese a esto, a finales de octubre, las tratativas seguían trabadas. La

de Trabajo por Actividad. Caja 73, expediente 58.958/48, Convenio 233/48. AGN-DAI, fojas 109-123.

70. Ministerio de Trabajo, *Serie Homologación de Convenios Colectivos de Trabajo por Actividad*. Caja 73, expediente 58.958/48, Convenio 233/48, foja 155.

71. *Ibíd.*

72. *Ibíd.*, foja 167.

73. *Ibíd.*

patronal no estaba dispuesta a acordar sobre antigüedad, salarios y ciertas categorías en las condiciones planteadas por el sindicato.

El 22 de noviembre de 1948, la STyP se volcó en favor de los empleados en un punto clave: consideró que los capataces debían ser incluidos en el convenio. Modificaba así lo expresado al comienzo de las discusiones, demostrando el poder de negociación de la UOM. La representación patronal se notificó y debió aceptar.⁷⁴

Pese a esta victoria, en esa misma reunión, luego de meses de demora y negociaciones, la UOM informó:

«Siendo las 2 hs. de la mañana del 23 de noviembre, la UOM, hace saber al funcionario actuante de la Secretaría de Trabajo y Previsión y Señores representantes de la industria, que desde las 0 hs. del día de la fecha, 23 de noviembre, de acuerdo a las resoluciones expresas emanadas de sus órganos representativos, el personal de empleados de todos los establecimientos metalúrgicos de la República, se encuentran en estado de huelga como consecuencia de la intransigencia y dilación de los representantes de la industria en la solución del convenio colectivo de trabajo en discusión (...).»⁷⁵

Esto implicaba la suspensión de las tratativas, pues la normativa impedía cualquier negociación sin que se normalizaran las tareas de la rama. La huelga había sido decidida días atrás, en un congreso, el 16 de noviembre.⁷⁶ Para el 23, quedaban pendientes los puntos más importantes: sueldos, categorías de capataces, fecha de retroactividad y personal excluido.

La huelga se prolongó menos de cuarenta y ocho horas. Durante ese período, se impidió ingresar a los establecimientos a jefes y personal no adherido al paro. *La Época* informó el 24 que si el conflicto no se resolvía rápidamente, a las 22 horas de ese mismo día, los obreros metalúrgicos declararían la huelga en solidaridad con los empleados.⁷⁷ El rápido levantamiento de la medida hizo que apenas dos días después se restablecieran las negociaciones. A simple vista, por lo que se desprende de las actas, gracias a esa breve huelga, la UOM impuso sus condiciones. El 20 de diciembre de 1948, se firmó el convenio que confirmaba la agremiación conjunta de empleados y obreros, lo que reforzó el poder de esta organización.⁷⁸

74. *Ibíd.*, foja 196.

75. *Ibíd.*

76. *La Época*. 23 de noviembre de 1948.

77. *La Época*. 24 de noviembre de 1948.

78. Ministerio de Trabajo, *Serie Homologación de Convenios Colectivos de Trabajo por Actividad*. Caja 73, expediente 58.958/48, Convenio 233/48, fojas 217-237.

A modo de cierre

La UOM había podido organizarse rápidamente en el ámbito nacional; había consolidado una unión centralizada y logrado la subordinación de la mayoría de los demás sindicatos del interior del país. Todo esto, bajo el liderazgo indiscutido de Hilario Salvo. En menos de tres años, había alcanzado un gran poder de negociación que impactó en las relaciones industriales: conllevó mejores salarios y condiciones de trabajo, y un mayor control obrero sobre la producción. El descontento patronal fue una muestra de esto. La consolidación y la reglamentación de las comisiones internas fueron un componente necesario de este nuevo poder sindical. A eso debía sumarse que, pese a la oposición patronal, se había logrado imponer la agremiación conjunta. En el camino se había enfrentado con la CGT y, en cierta medida, con los deseos del gobierno.

De esta manera, se terminaba de dar forma a una organización poderosa, nacional y articulada directamente con las bases movilizadas. Esto impactó en el vínculo con la patronal, pero también en sus relaciones político-sindicales. Por fuerza propia y por posición estratégica de la actividad, la UOM se convertía en un actor clave de la política argentina. Su fortaleza la situó como garantía de una nueva legalidad industrial conformada por las reformas laborales peronistas, pero, sobre todo, por los convenios colectivos.

U4
Schiani

p. 195

III

La política sindical durante la crisis (1949-1951)

p. 197

En los primeros treinta meses del gobierno peronista, los gremios metalúrgico y textil tuvieron, en cierta medida, un desarrollo sindical semejante. En ellos, se conformaron poderosos sindicatos de alrededor de cien mil afiliados, de los que formaban parte muchas y activas comisiones internas. Este proceso se dio dentro de instituciones centralizadas como la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y la Asociación Obrera Textil (AOT), pues los proyectos de crear federaciones nacionales habían fracasado. Ambos sindicatos firmaban convenios colectivos de trabajo amplios, que trascendían la estipulación salarial, lo que generaba una nueva legalidad industrial.

Se trataba de dos organizaciones jóvenes que habían ocupado el espacio perdido por sindicatos comunistas. Además, creadas a partir del apoyo de sindicatos de servicios, habían contado con la presencia de socialistas entre sus fundadores. Hasta allí llegaban las semejanzas más relevantes. Luego, hubo claras diferencias.

La mayor de esas diferencias residía en que sus fuerzas político-sindicales no eran equivalentes. Hechos ocurridos en 1947 y 1948 demuestran que la UOM tenía mayor poder político dentro del movimiento sindical y en las negociaciones con el capital. En 1947, mientras la AOT era intervenida por la Confederación General del Trabajo (CGT), la UOM se enfrentaba con Aurelio Hernández, quien, días después, dejaba su cargo de secretario general. A comienzos de 1948, la AOT firmó un acuerdo salarial vinculado estrechamente con el presentismo obrero. El mismo tipo de acuerdo fue rechazado drásticamente por la UOM a fines del mismo año.

Ahora bien, ¿a qué se debía esta diferencia de fuerza entre ambas organizaciones de obreros industriales? En primer lugar, a factores económicos estructurales, al desarrollo propio de las actividades industriales específicas. Otras causas estaban ligadas a cuestiones organizacionales de los propios sindicatos. La AOT no logró asentar una dirección estable, fue intervenida durante un año y se enfrentó a otras organizaciones textiles. En cambio, la UOM se conformó como un sindicato estable y previsible, que agremiaba empleados y obreros, dirigido rígidamente por Hilario Salvo, y en el que funcionaban comisiones internas poderosas, pero también controladas. El

sindicato metalúrgico logró un equilibrio organizacional y de movilización que le permitió detentar un poder interno y externo que la AOT no pudo conseguir.

Esta era la situación a comienzos de 1949, momento en el que comienzan a sentirse los primeros signos de un cambio de ciclo económico. Entre 1949 y 1951, los años finales de la primera presidencia de Juan Domingo Perón, se vivió en la Argentina una importante crisis económica, que impactó tanto a nivel político como social. La dinámica sindical no fue ajena a este cimbronazo.

En los casos estudiados en este trabajo, puede afirmarse que los dirigentes sindicales metalúrgicos y textiles decidieron sacrificar reivindicaciones económicas particulares de sus gremios y reforzaron la represión interna; esto conllevó a un debilitamiento de los lazos organizacionales y a una caída del poder de negociación de los sindicatos, principalmente, del textil.

Para Rainer Deppe, Richard Herding y Dietrich Hoss,¹ la relación entre base, sindicatos y partidos (sobre todo, cuando estos últimos son gobierno) difiere radicalmente según los cambios cíclicos de las distintas economías. Durante los períodos de prosperidad, cuando se obtienen concesiones de los empresarios con mayor facilidad, existe una mayor probabilidad de conflicto entre los partidos, que recomiendan moderación salarial, y los sindicatos, que están bajo la presión de la base. También, entre el liderazgo sindical y su base. En cambio, en las etapas de declive económico, cuando la clase obrera se ve obligada a defenderse de los ataques a sus empleos y condiciones de vida, y apenas hay posibilidades de éxito económico en el ámbito de la fábrica o a través de negociaciones salariales a mayor escala, el compromiso se desplaza a la arena política. Los trabajadores esperan medidas políticas que protejan sus intereses. Normalmente, los partidos cimentados en los sindicatos adoptan estas expectativas cooperando con mayor intensidad en la reforma política o, al menos, en programas de intervención estatal. Estos, sin embargo, están ligados en su mayoría a acuerdos de moderación salarial de mayor o menor alcance.

¿Fue esto lo que ocurrió durante el segundo trienio peronista? Entre los años 1949 y 1951, los niveles de movilización y conflictividad obrera disminuyeron drásticamente, en particular, en el sector industrial. Según Louise Doyon, a mediados de la primera presidencia de Perón, se produjo un eclipse de la iniciativa obrera mientras, en paralelo, el gobierno revertía su política tolerante hacia las huelgas y la CGT aumentaba su función disciplinaria interviniendo en mayor medida en la dinámica interna de los sindicatos. Aunque es un elemento importante en la explicación, Doyon

1. R. Deppe, R. Herding y D. Hoss. «Relación entre acción sindical y los partidos políticos». En: *El resurgimiento del conflicto de clases en Europa Occidental a partir de 1968*. Compilado por C. Crouch y A. Pizzorno. Vol. 2. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1991.

no considera la caída de los niveles de conflictividad sólo a partir del giro conservador de la política sindical del gobierno. Sostiene que influyeron otros factores, entre ellos, las mejoras obtenidas por los obreros y/o los niveles de institucionalización alcanzados en la relación capital-trabajo.²

Lo que esta autora no observa es que, en medio de la crisis económica, ciertas decisiones sindicales pueden explicarse desde lo político. Es decir, la existencia de opciones elegidas a partir del reconocimiento del papel político que les correspondía a los trabajadores, fuesen estas opciones sindicales o gubernamentales. En la nueva etapa abierta en 1949, plantea Doyon, las relaciones Estado-sindicatos se reconfiguraron:

«la sombra proyectada por el gobierno sobre el movimiento obrero organizado adquirió progresivamente tal magnitud que, a fines de la década, éste comenzó a asemejarse a un cuasi apéndice administrativo del régimen peronista».³

Confunde las intenciones del gobierno con lo realmente ocurrido. En verdad, este buscó controlar los sindicatos y, en ciertos casos, lo logró. Sin embargo, esta operación no fue todo lo exitosa que hubiera querido. Lejos estuvieron las organizaciones obreras de ser «apéndice administrativo», incluso en momentos de crisis económica.

Esta sección tiene por objetivo estudiar los cambios y las continuidades en la dinámica sindical metalúrgica y textil. Se compone de tres capítulos. El primero («Crisis económica y disciplina sindical») presenta el período: en él, se analiza la situación política, económica y sindical general. Los siguientes («La UOM en tiempos de crisis» y «Unidad y crisis textil») examinan por separado el devenir de cada uno de los casos abordados en este trabajo.

2. L. Doyon. *Perón y los trabajadores: los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

3. *Ibid.*, pág. 295.

Capítulo 8

Crisis económica y disciplina sindical

A partir de 1949, la economía argentina entró en una «zona de penumbra».¹ Dejó de crecer al 8% anual. Hasta 1952, permaneció estancada. Miguel Miranda y su equipo fueron dejados de lado, suplantados por técnicos universitarios, con experiencia en la función pública, que pasaron a comandar la política económica del gobierno. De estos, la figura más destacada fue Alfredo Gómez Morales, quien ocupó simultáneamente el Ministerio de Finanzas, la Presidencia del Banco Central y del Consejo Económico Nacional. Mientras la economía empeoraba, el gobierno endurecía sus relaciones con la oposición. El hostigamiento a dirigentes opositores se hizo más frecuente en esos tres años. Se llegó a declarar el estado de sitio, y se detuvo a figuras políticas e intelectuales de importancia. El mayor exponente de ese clima represivo fue la persecución a la prensa. En el ámbito sindical, fueron años de relativa tranquilidad. La conflictividad bajó drásticamente, y la CGT reforzó su poder dentro del movimiento sindical.

En el presente capítulo, se analizan estas dimensiones económicas, políticas y sindicales. Particularmente, se estudia cómo la crisis iniciada en 1949 golpeó la actividad industrial e influyó en la dinámica general del sindicalismo argentino. Tiene por objetivo general introducir el período 1949-1951, para analizar luego los casos específicos.

Economía y política durante la crisis

Dos de los ejes clave del bienestar económico dejaron de cumplirse hacia 1949: los beneficiosos términos de intercambio exterior y la inflación

1. J. Katz. «Características estructurales del crecimiento industrial argentino. 1946-1961». En: *Desarrollo Económico*, vol. 7, n.º 26: Buenos Aires (1967); P. Gerchunoff y D. Antúnez. «De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo». En: *Nueva Historia Argentina*. Vol. 8: *Los años peronistas: (1943-1955)*. Ed. por J. Torre. Buenos Aires: Sudamericana, 2002; P. Gerchunoff y L. Llach. *El ciclo de la ilusión y el desencanto: un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires: Emecé, 2010.

controlada.² Hasta principios de 1952, los términos del intercambio habían caído un 36% y el promedio inflacionario del período fue del 33%. A su vez, esto impactó en otras variables: 1949 y 1952 fueron dos de los tres únicos años, entre 1944 y 1958, en los que la producción industrial resultó menor que la del año anterior. De 1948 en adelante, la tendencia de los saldos entre los activos y los pasivos del Banco Central de la Nación fue decreciente.³

La caída de los precios internacionales de las materias primas exportadas por la Argentina no fue el golpe más duro que recibió la balanza comercial: lo fue la reducción del volumen de producción y de las exportaciones agropecuarias. En la campaña 1949-1950, hubo una fuerte sequía, apenas un anuncio de la que, con mayor fuerza, golpearía al campo en 1951 y 1952.⁴

Ante la innegable importancia de la producción agraria para el país, el gobierno realizó un viraje en sus políticas económicas. Apostó al campo mediante las mismas herramientas que había usado para favorecer a la industria en un comienzo. Sin embargo, esto no implicó un completo abandono del sector urbano, ya que allí residía el mayor apoyo político del peronismo.⁵

El gobierno continuó financiando la industria, aunque ahora con otro fin. Con el correr de la crisis, los créditos acordados por el Banco de Crédito Industrial fueron variando progresivamente su destino. Su utilización en inversiones fijas (construcción y modernización de establecimientos) decreció desde el 34,1% en 1946 hasta un 13,8% en 1952. Mientras, los préstamos empleados en gastos de explotación (materias primas, sueldos, jornales, aguinaldo) se elevaron en más de un 20% entre 1946 y 1952. Además, precisamente a partir de 1949, la entidad acentuó el peso de las tasas de interés negativas en términos reales, subsidiando por este medio a los tomadores de créditos. Durante la crisis, las principales beneficiarias fueron las fábricas textiles, seguidas de las metalúrgicas.⁶

En paralelo a la crisis económica, fue enrareciéndose el clima político: se incrementó la persecución y el hostigamiento a opositores, y se endureció la dirección dentro de la coalición peronista. Varios líderes opositores fueron encarcelados; otros huyeron al exilio.⁷ De modo tajante, el campo

2. E. Basualdo. *Estudios de historia económica argentina: desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006; Gerchunoff y Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto: un siglo de políticas económicas argentinas*.

3. Gerchunoff y Antúnez, «De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo».

4. *Ibíd.*

5. N. Girbal Blacha. *Mitos, paradojas y realidades en la Argentina peronista, 1946-1955: una interpretación histórica de sus decisiones político-económicas*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

6. *Ibíd.*

7. O. Arévalo. *El Partido Comunista*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1983; H. Gambini, *Historia del peronismo*. Buenos Aires: Planeta, 1999; M.

	1943	1946	1948	1950	1952
Textil	13,3	8,6	10,8	22,1	30
Metalúrgica	30,6	19,9	15,1	15,8	22

Cuadro 8.1 – Distribución de los préstamos por rama industrial, BCIA (%importes).

Fuente: N. Girbal Blacha. *Mitos, paradojas y realidades en la Argentina peronista, 1946-1955: una interpretación histórica de sus decisiones político-económicas*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2003, pág. 50.

político argentino se dividió en dos grupos: peronistas y antiperonistas. Peter Waldmann sostiene:

«(...) el gobierno de Perón se subdivide en dos fases parciales, de estructura muy diferente. La primera fase va de 1944 a 1949; la segunda, de 1950 a 1955. Durante la primera, el control social y las realizaciones del sistema político se mantuvieron en continuo aumento. A la opresión creciente de la sociedad por el Estado correspondía el creciente empleo de recursos estatales al servicio de la sociedad. Esta relación desaparece después de 1950. A partir de entonces, la coerción evidencia un rápido y continuado aumento; las realizaciones del sistema político, en cambio, no solo se detuvieron, sino que incluso disminuyeron».⁸

El control a la prensa fue el símbolo más claro de esta avanzada autoritaria. Se trata del aspecto destacado por la mayoría de los trabajos que tiene al peronismo por objeto de estudio.⁹ En general, esos textos repudian las medidas y las describen como un ejemplo más del autoritarismo peronista. Desde una posición divergente, Rodolfo Walsh afirmó:

«(...) En nombre de la iniciativa individual, reservada a media docena de individuos y negada a muchos millones, los Amos

García Sebastiani. *Los antiperonistas en la Argentina peronista: radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*. Buenos Aires: Prometeo, 2005.

8. R. Waldmann. *El peronismo, 1943-1955*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1985, pág. 61.

9. *Ibíd.*; Gambini, *Historia del peronismo*; F. Luna. *Perón y su tiempo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1992; para obras que tratan particularmente la situación de la prensa durante el peronismo, véase P. Sirvén. *Perón y los medios de comunicación, 1943-1955*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1984; M. Da Orden y J. Melón Pirro, compiladores. *Prensa y peronismo: discursos, prácticas, empresas, 1943-1958*. Rosario: Prohistoria Ediciones, 2007; C. Panella y M. Fonticelli. *La prensa de izquierda y el peronismo (1943-1949): socialistas y comunistas frente a Perón*. La Plata: EDULP, 2007.

de la Prensa se quejaron del monopolio de un Estado cuyo presupuesto era inferior al de las tres agencias mundiales de noticias y que, en todo caso, se ejercía dentro de las propias fronteras». ¹⁰

Más allá de las distintas visiones, lo cierto es que, durante esos años, los avances sobre la prensa existieron y se desarrollaron mediante diversos canales. Uno de los métodos de control utilizados por el gobierno fue el manejo de los permisos de cambio destinados a importar papel para diarios. La edición se encareció enormemente para algunos periódicos, que, incluso, debieron reducir su tamaño. ¹¹

A esto se sumaron, en agosto de 1947, los cierres. Los primeros en sufrirlos fueron *Provincias Unidas* de la UCR, y *La Vanguardia*, el órgano del Partido Socialista. Luego fueron clausurados *Tribuna Democrática*, del Partido Demócrata, *Nuevos Tiempos* de socialistas de Bahía Blanca, y *Tribuna Demócrata*, de la ciudad de San Nicolás (Buenos Aires). ¹² En cada caso, los motivos diferían. Generalmente, se trataba de excusas que encubrían las raíces políticas de las decisiones:

«(...) El periódico radical fue sancionado por agraviar en un artículo a un país amigo, Estados Unidos. *La Vanguardia*, por violación de normas municipales; según la resolución del intendente Siri, la descarga de las bobinas de papel para el semanario bloqueaba la circulación de vehículos y peatones, lo que se sumaba a las molestias ocasionadas a los vecinos por los ruidos y voces de los expedidores». ¹³

A este primer grupo, siguieron los cierres realizados por la Comisión Visca ¹⁴ a fines de 1949 y comienzos de 1950: *El Intransigente*, de Salta, *La Hora* (comunista), *Orientación* (comunista) y *La Nueva Provincia*, de Bahía Blanca. En paralelo, el peronismo fue desarrollando un amplio conjunto de publicaciones propias: *Democracia*, *El Líder* y *La Época*, entre otras. ¹⁵ Además de los mencionados, hubo dos casos paradigmáticos durante este período, el de los dos periódicos de tirada nacional más relevantes.

10. R. Walsh. *El caso Satanowski*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1986, pág. 171.

11. *La Nación* a comienzos de la década del cincuenta tenía solo seis páginas los días hábiles y diez los domingos. A comienzos del peronismo contaba con un promedio de treinta páginas los días hábiles. R. Sidicaro. *La política mirada desde arriba*. Buenos Aires: Sudamericana, 1993.

12. Sirvén, *Perón y los medios de comunicación, 1943-1955*.

13. Sidicaro, *La política mirada desde arriba*, pág. 204.

14. Fue una comisión bicameral presidida por el diputado José Emilio Visca.

15. Sirvén, *Perón y los medios de comunicación, 1943-1955*.

A lo largo de la primera presidencia de Perón, *La Nación* y *La Prensa* —a estos nos referimos— habían encabezado la campaña mediática contra el gobierno peronista. Según Ricardo Sidicaro, «fueron las dos principales expresiones contrarias a Perón con presencia importante en la esfera pública de lo político». ¹⁶ Las críticas de ambas publicaciones eran similares, pero las diferenciaba su estilo: mientras que *La Prensa* era más agresiva, *La Nación* se mantenía moderada.

El periódico *La Prensa* fue expropiado por el gobierno nacional en 1951. Un conflicto gremial que derivó en un enfrentamiento armado y dio por resultado un muerto fue el desencadenante. Esto dio pie a que la Cámara Baja resolviera, el 12 de abril de 1951, la expropiación del periódico dirigido y administrado por Alberto Gainza Paz, quien, para entonces, ya había abandonado el país clandestinamente. Se trataba de un medio muy prestigioso no solo a nivel nacional. Pablo Sirvén afirma que la repercusión internacional del caso fue de gran magnitud:

«(...) Los parlamentos de varios países reprobaron el hecho y algunos diarios, en señal de protesta, enlutaron sus ediciones con bandas negras en las esquinas superiores derechas de sus primeras páginas. Y hasta algunos periodistas de Europa y América usaron cintas negras en el brazo como muestra de congoja por la muerte del periódico. Los ofrecimientos profesionales llovieron inmediatamente sobre el lujoso hotel donde Gainza Paz vivió durante su estadía en Estados Unidos (...)». ¹⁷

Puesto en manos de la CGT, *La Prensa* se editó nuevamente el 19 de noviembre de 1951, el titular de ese día fue: «Por decisión de cinco millones de trabajadores reanuda hoy *La Prensa* sus actividades». ¹⁸ El hombre elegido para dirigir el diario fue José Alonso, quien sería reconocido tiempo después por su protagonismo en los años sesenta. ¹⁹

La Nación, por su parte, siguió otro camino. Desde las páginas editoriales del diario fundado por Bartolomé Mitre, en un comienzo, surgían las más variadas críticas al gobierno. Se incluían temas tales como el empeoramiento de la situación económica, el proceso inflacionario potencial que los aumentos salariales acarrearían, el indiscriminado impulso a la actividad fabril, los manejos del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), la reforma constitucional, las torturas sufridas por opositores, la situación en las universidades, etcétera. Luego de lo sucedido con *La Prensa* la postura de *La Nación* cambió rotundamente: fue moderada sobremanera. ²⁰

16. Sidicaro, *La política mirada desde arriba*, pág. 242.

17. Sirvén, *Perón y los medios de comunicación, 1943-1955*, pág. 113.

18. *La Prensa*. 19 de noviembre de 1951.

19. José Alonso llegó a ser secretario general de la CGT entre 1963 y 1965.

20. Sidicaro, *La política mirada desde arriba*.

El endurecimiento del gobierno no solo estaba destinado a la oposición, los medios, la clase media, los universitarios y los comunistas. También, y sobre todo, estaba dirigido a disciplinar al movimiento peronista, particularmente, a los sindicatos y a los trabajadores. El gobierno continuaba sin poder asentar una coalición lo suficientemente amplia como para desplazar a los sindicatos del lugar político que ocupaban.

La lealtad y el verticalismo se convirtieron en un valor central en la liturgia y en la propaganda de esos años. Así analizaba León Rozitchner, a mediados de la década del cincuenta, esta operación y sus fines:

«La naciente conciencia [de los trabajadores] se descubre en la necesidad de la propaganda como medio de engaño. Si el proletariado carece de conciencia, ¿para qué la propaganda? Si el proletariado no sabe lo que busca, ¿para qué machacarle todos los días, continuamente, las mismas apariencias de valores, el mismo reino de la simpatía calurosa y del amor, el reinado del padre terrible para los malos pero justo para los buenos? Esto es posible porque hay en el proletariado una conciencia, aunque vaga, una sensibilidad, aunque embotada, de los fines que tienden a su propia superación (...).»²¹

Marcela Gené publicó hace unos años un libro que aborda las imágenes de los trabajadores que circularon en la propaganda gráfica, donde también se marca el cambio de década como un antes y un después para el peronismo. En 1950, cuando María Eva Duarte y Juan Domingo Perón se instalaron en el centro del escenario político, comenzaron a enfatizarse en el plano figurativo los vínculos de lealtad entre líderes y pueblo. En los afiches y en los avisos de 1950, desaparecieron la multitud en marcha y las connotaciones del avance, la conquista, la epopeya: «La elusión del esfuerzo físico que, en líneas generales, signaba las representaciones hacia 1948 cede terreno en las postrimerías del régimen a iconografías que, contrariamente, lo enfatizan».²² Lealtad y productividad tomaron, dentro de los sindicatos peronistas, un lugar determinante.

Si las organizaciones sindicales y los trabajadores estaban controlados y cooptados, como sostiene gran parte de los análisis del período,²³ ¿para

21. Contorno. Julio de 1956, n.º 7-8. pág. 3.

22. M. Gené. *Un mundo feliz: imágenes de los trabajadores en el primer peronismo, 1946-1955*. Buenos Aires: Universidad de San Andrés, 2005, pág. 91.

23. R. Alexander. *The Peron era*. Nueva York: Columbia University Press, 1951; G. Germani. «El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos». En: *Desarrollo Económico*, vol. 13, n.º 51: Buenos Aires (1973); M. Peña. *Masas, caudillos y élites: La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*. Buenos Aires: Ediciones Fichas, 1971; R. Rotondaro. *Realidad y cambio en el sindicalismo*. Buenos Aires: Pleamar, 1971; W. Little. «La organización obrera y el Estado peronista,

qué entonces las campañas y la represión? El gobierno endureció su política durante esos años. Sin embargo, no le alcanzó para controlar completamente el movimiento sindical. Determinantes económicos, políticos e históricos influían en el poder e independencia del sindicalismo.

La caída de la conflictividad industrial y la CGT

Louise Doyon afirma que la tolerancia inicial del gobierno hacia las movilizaciones obreras de 1946-1948 – tan incompatibles con el orden corporativista que Perón buscaba imponer – había descansado en la percepción del valor instrumental de la protesta para ayudar a dismantlar el antiguo orden; y que cuando se estableció un nuevo equilibrio, esa libertad sindical fue vivenciada por el gobierno como un peligro para su consolidación. Según esta autora, la regulación y obediencia sindical se materializaron con la centralización del control de la CGT sobre los sindicatos nacionales.²⁴

En la segunda parte de este texto, hemos demostrado que tal tolerancia fue relativa, que la movilización obrera como desestabilización era parte del discurso de un sector del gobierno desde mucho antes de 1949 y que el control de la CGT sobre los sindicatos estaba lejos de ser efectivo. A nuestro entender, Doyon tiene una caracterización equivocada del lugar que ocupaban los sindicatos y sus representados en la arena política: considera que, luego del fracaso del Partido Laborista, su participación y su peso habían sido por completo cercenados. En este trabajo, se plantea algo diferente: se parte de la centralidad política del movimiento sindical y de los trabajadores. Precisamente, es esta la que determina y limita el poder de los distintos actores. Más aún, en tiempos de crisis.

Independientemente de esta divergencia, concordamos con Doyon en que, a partir de 1949, las modalidades del conflicto obrero se transformaron. En primer lugar, disminuyó su número drásticamente, sobre todo, en la industria. Luego, en este período, se dieron pocas huelgas, pero de gran relevancia. Ciertos autores consideraron estas medidas expresiones de lucha política de una minoría de sindicatos no peronistas, concientizados.²⁵ Más que esto, la evolución económica parece haber tenido un mayor peso como desencadenante de los conflictos. Por ejemplo, en las prolongadas huelgas de los trabajadores azucareros y de los frigoríficos en octubre y noviembre de 1949, fue clave la decisión gubernamental de terminar con los subsidios a

1943-1955». En: *Desarrollo Económico*, vol. 19, n.º 75: Buenos Aires (1979); S. Baily. *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1985.

24. L. Doyon. *Perón y los trabajadores: los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006, págs. 297-300.

25. R. Iscaro. *Historia del movimiento sindical*. Buenos Aires: Ciencias del Hombre, 1974; Little, «La organización obrera y el Estado peronista, 1943-1955»; Baily, *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*.

la industria de la alimentación. Otro conjunto de huelgas fue protagonizado por lo que podría definirse como la antigua aristocracia obrera preperonista: gráficos, bancarios y ferroviarios.²⁶

¿Cuál era el papel de la CGT en esta coyuntura? Desde fines de 1947, el secretario general de la central obrera era José Espejo, del Sindicato de la Alimentación. Gran parte de la historiografía lo describe como un dirigente sumiso y leal al gobierno y, sobre todo, a María Eva Duarte de Perón. En realidad, tiende a considerarse de esta forma a toda la dirigencia cegetista posterior a Luis Gay.²⁷ Esto se relaciona con una caracterización general de la CGT ya no como una organización obrera, sino como un vocero del gobierno dentro del sindicalismo, como su representante.²⁸ Excede el objetivo de este libro discutir esta caracterización y proponer una nueva. Sin embargo, bien puede llamarse la atención sobre la necesidad de matizar los planteos que le asignaron a la central obrera un papel nimio y plenamente funcional a los designios del gobierno. La historiografía argentina se debe una real investigación de esta etapa de la CGT, una organización que, a fines de la década del cuarenta, contaba con más de setecientos sindicatos adheridos, noventa y dos delegaciones regionales, y varios millones de afiliados.²⁹

Las lecturas sobre la reforma de sus estatutos en 1950 son un ejemplo de esa mirada; esta tiende a ser leída como un símbolo de la transformación sindical, de su «total peronización».³⁰ Detenernos en este punto puede resultar de utilidad para analizar la situación imperante a mediados del peronismo, tanto dentro de la dirigencia cegetista como en la dinámica entre central y sindicatos.

26. Véase G. Contreras. «El peronismo obrero. La estrategia laborista de la clase obrera durante el gobierno peronista. Un análisis de la huelga de los trabajadores frigoríficos de 1950». En: *PIMSA 2006*: (2007); G. Contreras. «Los trabajadores gráficos, la prensa y la política durante el peronismo». En: *Prensa y peronismo: discursos, prácticas, empresas, 1943-1958*. Rosario: Prohistoria Ediciones, 2007; O. Acha. *Las huelgas bancarias, de Perón a Frondizi, 1945-1962: contribución a la historia de las clases sociales en la Argentina*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación, 2008; G. Contreras. «En río revuelto ganancia de pescador. El gremio marítimo y el peronismo. Un estudio de la huelga de 1950». En: *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, n.º 1: Buenos Aires (2008).

27. «Desde entonces, y conducida por figuras casi sin antecedentes, la CGT se transformó en un agente de las directivas oficiales en el movimiento obrero». J. Torre, ed. *Nueva Historia Argentina*. Vol. 8: *Los años peronistas: (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002, pág. 41.

28. Doyon, *Perón y los trabajadores: los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, págs. 300-302.

29. Rotondaro, *Realidad y cambio en el sindicalismo*.

30. *Ibíd.*; Doyon, *Perón y los trabajadores: los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*.

El Comité Central Confederal reunido en diciembre de 1949 debía redactar un proyecto de estatuto para ser tratado en el Congreso Nacional de abril de 1950. Una de las mayores novedades propiciadas por la dirigencia era el otorgamiento a la CGT de la facultad de intervenir sindicatos afiliados.

Esto generó un prolongado debate, en el que los representantes de los sindicatos de mayor importancia reclamaron que se excluyera dicho artículo o que se introdujeran modificaciones que limitaran ese poder. Algunos de esos miembros fueron Bruno Pautasso (Unión Ferroviaria), Abdala Baluch (UOM), Fernando Arias (Telefónicos), Daniel Carballido (Unión Tranviaria Automotor), David Diskin (Mercantiles). Hubo tal divergencia que debieron elaborarse dos despachos, uno que aceptaba la intervención en los sindicatos y otro que no lo hacía. En abril de 1950, sometido a votación en el Congreso Nacional de la CGT, el artículo fue impuesto por mayoría. En la votación, se tomaron en cuenta el número de afiliados que representaban los distintos delegados. El resultado fue de 1.530.429 a favor y 1.491.566 en contra. A esto llama Doyon «débiles ecos de un proyecto de autonomía».³¹ La dirigencia de la CGT se había visto obligada a legalizar una práctica que venía realizando de facto —las intervenciones— y, en el camino, se había encontrado con obstáculos de porte.³²

El mundo sindical era muy complejo; no se explicaba únicamente a partir del control del gobierno y la obediencia de la CGT de Espejo. En este contexto, la crisis económica implicaba un desafío para las dirigencias sindicales, ya que acarrea presiones estatales, avances patronales y tensiones internas con las bases movilizadas.

La crisis, los trabajadores y el avance patronal

La crisis iniciada en 1949 golpeó a la industria de manera despareja. No todas las actividades sufrieron la misma contracción. En lo que respecta a nuestro estudio particular, en el caso textil la caída fue mayor que en el sector metalúrgico. Se trató de un descenso importante, pero, sin embargo, no fue todo lo drástico que podría haber sido. Pese a la fortísima reducción del mercado comprador, en estas industrias, el desempleo no se generalizó. Según el autor francés Guy Bourdó, el poder sindical fue el mayor obstáculo para el desarrollo del desempleo en la Argentina: frenó los despidos masivos y los contundentes incrementos del ritmo de trabajo. A pesar de las campañas patronales, no hubo grandes saltos en los niveles de productividad por

31. *Ibíd.*, págs. 319-321.

32. En el Congreso, se votó una resolución destinada a eliminar elementos comunistas francos o encubiertos en cada sindicato. A su vez, se modificó el preámbulo del estatuto. Esto, según se consideró, ratificaba la peronización del movimiento obrero, pues se expresaba que la doctrina peronista definía y sintetizaba las aspiraciones fundamentales de los trabajadores argentinos. También se sostenía que el proceso de realización tendía hacia la gradual socialización de los medios de producción.

	Salarios nominales			Costo de vida*		Salarios reales		
	A	B	C	D	E	A	B	C
1943	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
1944	104,9	107,4		99,7	102,6	105,2	107,7	
1945	116,5	17,6		119,4	119,9	97,6	98,5	
1946	129,1	133,8	149,9	140,5	145,2	91,9	95,2	106,7
1947	168	172,1	218,3	159,5	168,1	105,3	107,9	136,9
1948	225,2	245,6	311,5	180,4	193,1	124,8	136,1	172,7
1949	248,5	305,9	388	236,5	259,8	120,3	129,3	164,1
1950	337,9	375	475,6	296,5	330,8	113,8	126,3	160,2
1951	384,5	447,1	567,1	405,8	461,5	94,8	110,2	139,7
1952	498,1	573,5	750,3	562,9	649,8	88,5	101,9	133,3
1953	521,4	598,5	783	585,3	676,5	89,1	102,3	133,8
1954	586,4	701,5	917,8	607,5	703,1	87,8		151,1
1955	599	722,1	944,7	682,3	793	108,9	105,8	138,5

Cuadro 8.2 - Salario nominal, costo de vida y salario real en el peronismo (1943 = 100). (*) en Buenos Aires; A= obrero calificado; B= peón; C= salario más ventajas sociales; D= con alojamiento; E= sin alojamiento. Fuente: G. Bourd . *La classe ouvri re argentine, 1929-1969*. Paris: L'Harmattan, 1987, pág. 847.

obrero ocupado, que, con el mercado deprimido, habrían llevado a múltiples pérdidas de puestos de trabajo. Los volúmenes de producción industrial y de obreros ocupados no sufrieron modificaciones de peso hasta 1952.³³

Lo que s  impactó intensamente en la vida obrera fue la inflación, que se había mantenido a tasas del 15% por año en los tiempos favorables de 1945 a 1948, y había pasado a tasas del 30 y 35% entre 1949 y 1952.³⁴ Mientras que entre 1946 y 1948-1949, el salario nominal había progresado con fuerza, más rápido que el costo de vida, entre 1949-1950 y 1955, fue al revés: el costo de vida subió más que los salarios nominales. La inflación golpeaba el bolsillo de los trabajadores y resquebrajaba su salario real. Esta sería una de las claves explicativas de la crisis de legitimidad de las direcciones sindicales. El siguiente cuadro, extraído del texto de Bourd , permite observar lo antedicho.

En paralelo al avance sobre el salario, las cámaras patronales intensificaron su campaña en pos de restablecer el *statu quo* industrial anterior o, por lo menos, regular el vigente. A partir de 1949, los industriales reforzaron

33. G. Bourd . *La classe ouvri re argentine, 1929-1969*. Paris: L'Harmattan, 1987.

34. *Ibíd.*

sus críticas al poder desmedido de sindicatos y comisiones internas en los lugares de trabajo. Como adelantamos, esto no aparece únicamente cuando el peronismo está en crisis, sino que es propio desde 1946. Lo que ocurre es que, con la crisis, se agudiza.

Los planes dirigidos a intensificar los ritmos de trabajo y los de reponer la disciplina y el poder en la fábrica eran uno. Para alcanzar lo primero, era imprescindible lo segundo. Acordamos con Nicolás Ferraro que lo que podía parecer un eje fundamental de la estrategia económica del capital, la campaña por mayor productividad, se reveló pronto como una ofensiva política destinada a recuperar el poder perdido en los lugares de trabajo. Es decir, que la ofensiva patronal se concentraba en el proceso de trabajo como proceso social de producción, antes que como proceso técnico de maximización de las ganancias.³⁵

Los industriales, lo hemos mostrado ya, experimentaban una real preocupación: consideraban que la fábrica estaba trastocada. En una entrevista realizada a comienzos de la década del setenta, Torcuato Sozio, directivo de SIAM y sobrino de su fundador, Torcuato Di Tella, comentaba:

«Lamentablemente en la época de Perón se dio una suerte de ruptura de jerarquías dentro de la fábrica. Ese es uno de los cargos que se puede hacer al período peronista; porque se distorsionó el manejo de la autoridad dentro de las fábricas como consecuencia de la intervención de los capataces en el mismo sindicato y como consecuencia de una protección indiscriminada a las peticiones obreras en los conflictos que podían estar originados en la aplicación de ciertas normas básicas de disciplina, orden y autoridad dentro de la fábrica».³⁶

Corregir esta situación había sido y sería uno de los mayores objetivos de los industriales textiles y metalúrgicos. Los primeros, al sufrir más la crisis y enfrentar un sindicato menos poderoso, lograron firmar acuerdos en este sentido. Los otros, los metalúrgicos, no tuvieron tanto éxito.

A modo de cierre

En este último punto, más allá del determinante factor organizacional, había un problema extra e incluso mayor: un nuevo sentido común obrero que el corto período peronista había generado. Una idea de que el poder les pertenecía ya fuese en el ámbito estatal o en la planta. Contra esto, también debían luchar los planes patronales y del gobierno. El viraje subjetivo en la

35. N. Ferraro y M. Schiavi. «El conflicto metalúrgico de 1956: nuevas fuentes para su análisis». En: *VI Jornadas de Sociología de la UNLP*. 2010.

36. Entrevista a Torcuato Sozio, enero-septiembre de 1973, Archivo Historia Oral, Universidad Torcuato Di Tella, pág. 37.

clase obrera que implicó el peronismo, es un factor que no debe ser soslayado cuando se analizan momentos en que el gobierno necesitaba disciplinar.

La crisis fue también un nuevo y gran desafío para la dirigencia sindical peronista. Debía compatibilizar intereses políticos y económicos propios en tiempos donde estos empezaban a distanciarse más y más. Metalúrgicos y textiles enfrentaron el mismo problema: hasta dónde llevar las reivindicaciones de los afiliados. Sus condiciones particulares hicieron que compartieran cierto devenir, pero también que se diferenciaron en determinadas prácticas y, sobre todo, en sus resultados.

Capítulo 9

La UOM en tiempos de crisis

El 21 de enero de 1949, en el marco de un congreso de delegados metalúrgicos de todo el país llevado adelante en un Luna Park colmado, habló Perón. Afirmó que, luego de una primera etapa de obtención de la justicia social y una segunda de consolidación, se ingresaba en una tercera etapa de progreso del bienestar social a causa del incremento de la producción. Pidió a los trabajadores del sector redoblar los esfuerzos en el trabajo y al sindicato, que incentivara la producción, pues solo así aumentaría el estándar de vida. También solicitó una mayor predisposición para controlar a sus afiliados tanto en relación con el ritmo de trabajo como con la actividad política. El presidente llamaba a consolidar un sindicato que asegurara la paz y la producción industrial.¹

La reacción de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) fue rápida. Se entrevistó un día después con el presidente y su mujer, y les ofreció exigirle a la patronal la inmediata puesta en práctica de la tarjeta de producción.² Es difícil catalogar esta reunión como un acto de disciplina ante la orden presidencial, ya que no se debe olvidar que la tarjeta de producción era uno de los puntos que más conflictos había causado con la patronal metalúrgica. No generaba más «armonía de clase», sino todo lo contrario. La UOM demostraba así que no estaba dispuesta a perder lo ganado en los años anteriores. Si habría más producción, no sería a costa de volver a condiciones de trabajo precedentes. La propuesta era ir por más o mantener lo obtenido; no retroceder.

Fortalecida a partir de la movilización y organización del período anterior, la UOM terminó de consolidarse entre 1949 y 1951 como un sindicato en extremo centralizado, dirigido férreamente desde Buenos Aires por su secretario general, Hilario Salvo. En esos años, buscó disciplinar aún más las seccionales díscolas del interior, controlar y reprimir la autonomía de las organizaciones de base y la actividad comunista. Como organización, creció

1. *La Época*, 22 de enero de 1949.

2. *La Época*, 23 de enero de 1949.

04
SCHIANI

p. 315

Capítulo 14

Las continuidades de la resistencia

El último año de la gestión peronista estuvo marcado por la violencia política: los mayores ejemplos de esto fueron los hechos de junio y septiembre de 1955.¹ El gobierno fue perdiendo, en esos meses finales, gran parte de los exiguos apoyos que aún retenía.

Luego del fracaso patronal en la negociación colectiva de 1954, el Congreso Nacional de la Productividad y el Bienestar Social (CNPyBS) fue un último intento de recuperar la confianza del sector patronal. Sin embargo, para alcanzarlo, debía lograr que los sindicatos renunciaran a ciertas conquistas obtenidas mediante la movilización desde, por lo menos, 1946. Al fallar en esta nueva tentativa, los caminos parecieron cerrarse definitivamente. Las prácticas patronales y gubernamentales postseptiembre de 1955 demostraron cuán determinante era para la clase dominante argentina restablecer el poder perdido en los lugares de trabajo.

Este último capítulo busca mostrar las continuidades en la negociación entre capital y trabajo que atraviesan la crisis política de 1955, sin negar, obviamente, la cisura que representa el golpe militar. También, dar cuenta de la renovación dirigencial en el sindicato metalúrgico, cambio que precede la caída de Perón. Los ejes principales considerados aquí serán la acefalía en la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), la asunción de Augusto Vandor, el asentamiento de la lista Verde textil, las reivindicaciones patronales en el fin de ciclo, y, por último, aunque excediendo el recorte de la investigación, la negociación y la huelga metalúrgica de 1956, que echa luz sobre las continuidades y rupturas en la relación capital-trabajo. Se divide en dos apartados: el primero se centra en el último año peronista; el segundo tiene por elemento principal los hechos metalúrgicos de 1956.

¹ J. Godio. *La caída de Perón de junio a setiembre de 1955*. Buenos Aires: Gráfica, 1973; D. Cichero. *Bombas sobre Buenos Aires: gestación y desarrollo del bombardeo aéreo sobre la Plaza de Mayo del 16 de junio de 1955*. Buenos Aires: Vergara, 2005.

La organización sindical y las cámaras patronales en el último año peronista

Un año antes de ser destituido por un golpe militar, Perón planteó lo siguiente en un discurso destinado a dirigentes y delegados sindicales:

«Ustedes son dirigentes y saben que nuestro movimiento sindical, su organización, dirección y funcionamiento, es totalmente ajeno al gobierno, y este no tiene ninguna intervención como no sea la de ayudar dentro de sus funciones, a las organizaciones. Nosotros queremos organizaciones libres, que elijan sus propios dirigentes y determinen sus propias formas de funcionamiento como mejor les plazca».²

Más allá de lo que realmente ocurriese en la práctica, de los controles que el gobierno impusiera al sindicalismo, la retórica oficial no se alejó de esta línea en toda la década. La libertad sindical seguía siendo una bandera de ese movimiento, y el gobierno no podía desconocerla. La reivindicación de la injerencia estatal en los sindicatos nunca llegó a ser un discurso legítimo. Al analizar la relación entre ambos actores en estos años, no se trata de un dato menor.

Precisamente en nombre de esa libertad sindical, a mediados de 1954, el gobierno y la Confederación General del Trabajo (CGT) comenzaron una campaña en contra de un nuevo tipo de infiltración: la eclesiástica. En septiembre de ese año, en un nuevo discurso, Perón afirmó que los organismos sindicales eran semejantes a la organización biológica del hombre y que, a su entender, tenían los mismos enemigos; «así como el enemigo del organismo del hombre era el microbio, que atacaba todos sus órganos, de la misma manera en la organización sindical existía también un enemigo que atacaba su organismo y una vez que se infiltraba empezaba a roer, disociando, anarquizando y desarrollando centros de rumores de todo tipo».³ A los ya mencionados en múltiples ocasiones infiltrados comunistas, se sumaban ahora los católicos. Esto era parte de un enfrentamiento mayor, que ya mencionamos en el capítulo 11:

«Yo recuerdo, cuando vine aquí, que había sindicatos de oficios varios. Había también otros sindicatos religiosos, que cuando venían a verme decían: "somos la Asociación de Obreros de tal cosa". Y yo les decía: "¿qué tiene que ver la religión con esto?" Así como los trabajadores no se meten con la religión, esta no debe meterse con la organización sindical (...). Que hagan

2. *El Mundo*. 9 de setiembre de 1954.

3. *El Mundo*, 30/09/54.

política o religión en su casa, pero no en la organización donde somos todos iguales».⁴

A fines de octubre, *La Prensa* denunció que se estaban movilizandofuerzas clericales para interferir en las organizaciones obreras. El 19 de noviembre, *El Líder* tituló «Las infiltraciones clericales debilitan a la entidad obrera».⁵ A partir de comienzos de 1955, la situación no haría más que radicalizarse. El enfrentamiento entre Iglesia, oposición y gobierno sumaría un actor clave: las Fuerzas Armadas. En medio de esta situación, la dirigencia sindical se encontraba en gran medida desorientada. El gobierno peronista profundizaba su crisis, mientras el sindicalismo parecía desconocer qué camino tomar.

Las organizaciones tenían sus propios problemas para resolver. En los sectores metalúrgico y textil, este último año fue muy diferente en términos organizacionales: la Asociación Obrera Textil (AOT) intentaba consolidar su nueva dirigencia y la UOM buscaba hacerse de una.

La acefalía de la UOM y Augusto Vandor

Como describíamos en el capítulo anterior, el miércoles 14 de julio de 1954, una asamblea de delegados había aprobado la renuncia de la dirigencia de la UOM. La CGT y el gobierno consideraban que el sindicato había quedado acefalo tanto en Capital Federal como en el ámbito nacional. Luego de intentar mantener en la dirección a Baluch, González, Drago y Rams, entre otros, se había propiciado una dirección nueva, suplantando a aquellos con los candidatos menos votados en las elecciones anteriores. Quienes habían quedado a cargo eran Juan F. Brizuela, de la seccional Córdoba, y Rafael Colace, de Bahía Blanca. Perón los recibió los primeros días de agosto.

En las fábricas, se incrementaba la tensión, acompañando en cierta manera la coyuntura política. A comienzos de 1955, la nueva mesa directiva de la UOM, encabezada por Brizuela, se entrevistó con el secretario general de la CGT, Eduardo Vuletich, con el fin de denunciar los despidos que realizaban la mayoría de las empresas de la industria de los delegados y miembros de las comisiones internas. Según la prensa comunista, este repentino interés se relacionaba directamente con que se estaba organizando un congreso del gremio para legalizar la situación luego de la salida de Baluch.⁶

Pese a los esfuerzos de esta nueva dirigencia, la normalización recién se alcanzaría en julio de 1955. Un primer congreso de delegados se realizó el 10 de enero de 1955; en él, a pesar de la propaganda desplegada, no

4. *Ibíd.*

5. *El Líder*. 19 de noviembre de 1954.

6. *Nuestra Palabra*. 11 de enero de 1955.

hubo una gran cantidad de asistentes.⁷ El 30 de marzo y el 4 de abril, se llevaron a cabo dos nuevos congresos, en los cuales se registraron desórdenes provocados por la lucha entre la dirección y un grupo manejado por Hilario Salvo.⁸ La situación concluyó el 18 de abril con un asalto cometido por unos cuarenta hombres armados contra el local del sindicato.⁹ Dos días después, la CGT emitió un comunicado en el que repudiaba el hecho. También el 20 de abril, el consejo superior del Partido Peronista (PP) resolvió sancionar severamente a Salvo: lo expulsó de las filas partidarias por conducta y del bloque peronista de la Cámara de Diputados.¹⁰ Esta disposición fue adoptada en mérito de una presentación de la CGT en la que esta informaba que había decidido retirarle la representación que, como diputado nacional, ejercía según propuesta de la central obrera.¹¹ De acuerdo con este documento, el último acto producido por Salvo era la culminación de reiteradas incidencias en las que había intervenido de manera errónea.

Un mes después, entre el 18 y el 20 de mayo, se realizaron los comicios en la seccional Capital Federal de la UOM. Se votó para elegir a los miembros de la comisión administrativa. Como hemos afirmado, la filial Capital definía la dirección nacional del sindicato. Quien fuera designado allí dirigiría a toda la UOM. Terminada la votación, fue convocado un congreso general extraordinario de la seccional para el 15 de junio. Por entonces, el secretario general de la UOM era Rafael Colace.¹²

Ese 15 de junio tampoco fue posible elegir nuevo secretario general. Debieron pasar tres semanas: el 8 de julio, se realizó un nuevo congreso, en el que, finalmente, se proclamaron los miembros electos de la comisión administrativa y se eligieron secretario general y adjunto. Los designados fueron Augusto Vandor y Paulino Niembro, respectivamente. Los demás integrantes de la dirección eran Vicente Vuto, Luis Hinojosa, Jorge Fernández, José Carballo, Juan Carlos López, Horacio Torres, Lorenzo Miguel, Enrique Mariani, Rafael Di Pasquale, Justo González y Ramón Rodríguez.¹³ La renovación fue total. Dos figuras centrales del sindicalismo argentino del siglo xx aparecían por primera vez en escena: Augusto Vandor y Lorenzo Miguel. La transformación en la UOM se estaba dando antes de la caída de Perón.

7. *El Líder*. 9 de enero de 1955.

8. *El Líder*. 28 de marzo de 1955, y 2 de abril de 1955.

9. *Nuestra Palabra*. 10 de mayo de 1955.

10. *El Líder*. 20 de abril de 1955.

11. La presencia sindical en el Poder Legislativo era muy importante. Para el 1º de mayo de 1955, invistiendo la representación de la CGT, había seis senadores nacionales, cincuenta y siete diputados nacionales, cuarenta y seis senadores provinciales y ciento sesenta diputados provinciales.

12. *El Líder*, 24/05/55 y 15/06/55.

13. *El Líder*, 10/07/55.

La lista Verde y los conflictos por empresa

En textiles, la renovación se había dado a fines de 1952 y la dirección de Andrés Framini estaba asentada, lo que no evitaba que hubiera conflictos importantes dentro del sindicato. A lo largo de todo el libro, hemos visto la permanencia en el sector de la conflictividad por empresa. Este período no fue una excepción. Los problemas se asemejaban a los de años anteriores: comisiones internas ineficaces, aumento de la explotación, insalubridad.

Apenas unos días antes del golpe de Estado, entre el 5 y el 7 de septiembre de 1955, se realizó el Sexto Congreso Nacional Obrero Textil. En la *Memoria y Balance* presentada allí, se informó acerca de la firma de los convenios. Según consta en el documento: «Las discusiones entabladas en el Ministerio de Trabajo y Previsión por el camino legal y con la correspondiente participación estatal, han sido acaloradas, pero también criteriosas y valientes (...)».¹⁴ Además, se detallaron ciertos inconvenientes ocurridos a lo largo del año entre los trabajadores y determinadas empresas. Uno de los más destacados había sido el caso de La Bernalesa, un conflicto que había concluido en octubre de 1954 luego de casi tres meses. Gracias al trabajo conjunto de la representación sindical nacional y de la seccional Quilmes, se había producido un neto triunfo: a partir de la resolución ministerial, la empresa había tenido que reincorporar a todos los despedidos, se había estipulado que, por el período de trabajo a desgano, se pagaría el 100% de los jornales mínimos establecidos en el convenio y que, por el período de huelga, la patronal debía abonar el 50%.¹⁵

También se informaba sobre el crecimiento del sindicato. Se mencionaba la obtención de tierras mediante una firma con el Ministerio de Trabajo y Previsión (MTyP). Esa extensión de tierra estaba destinada a la construcción de un nuevo barrio textil de quinientas viviendas, ubicado en las intersecciones de las calles Santa Fe y Otamendi, en Quilmes, muy cerca de las fábricas Platex SA y La Bernalesa.

A su vez, entre el 1º de mayo de 1954 y el 30 de junio de 1955, en el gremio textil se habían desarrollado trescientas asambleas, y más de cuatrocientos establecimientos habían elegido sus comisiones internas. En aquellas fábricas donde el secretariado general o la seccional habían sido intervenidos, se nombraron «delegados reorganizadores».¹⁶ Se había dado una cierta reactivación de la movilización sindical en textiles. Los números presentados por la AOT lo demostraban.

Cada rama, además, tenía su propio informe en el documento presentado. En varios de estos documentos particulares, se mencionaba la creación de nuevas comisiones en establecimientos que, hasta el momento, no tenían,

14. Asociación Obrera Textil. *Memoria y Balance* (1954-1955), pág. 17.

15. *Ibíd.*, pág. 19.

16. *Ibíd.*

lo que muestra que la sindicalización y la capilaridad de la organización avanzaban. En la rama algodón, por ejemplo, se habían realizado más de cien asambleas, elegido nuevas comisiones internas y, fruto de la labor de su comisión paritaria, se habían gestionado cincuenta y dos expedientes, de los cuales treinta y cuatro habían obtenido fallos favorables para los obreros reclamantes, mientras que el resto había quedado en tratativas. El secretario general de la rama era Adelino Romero, quien llegaría a ser la autoridad máxima de la CGT en 1973. También, al igual que en metalúrgicos, esta nueva camada dirigencial sería la que comandaría el gremio en la etapa posterior al peronismo.

El de La Bernalesa no fue el único conflicto del último año peronista. No mencionados en el informe oficial, pero presentes en otras fuentes, encontramos movilización en las bases de Alpargatas, Grafa, Sudamtex y Ducilo.

Para los primeros días de agosto de 1954, en Alpargatas, se había llamado a las elecciones destinadas a definir los representantes de la comisión interna de la planta de Capital Federal. Se presentaron cuatro listas: Celeste, Rosa, Blanca y Marrón. Esta última estaba auspiciada por la dirigencia de la AOT. Sin embargo, contra lo que se esperaba, la convocatoria terminó debilitando la imagen de Framini, ya que se comprobaron irregularidades en el padrón. Figuraban setecientos nombres desconocidos y habían sido incluidos indebidamente mil seiscientos obreros de la planta de Gutiérrez (Buenos Aires).¹⁷

Tiempo después, a la cuestión organizacional, se sumó un nuevo episodio en la resistencia obrera a las transformaciones en el ritmo de trabajo. En paralelo al CNPyBS, en la sección tejeduría de Alpargatas, se había implantado una nueva noria, por la cual las canilleras y canilleros que antes debían atender cerca de treinta máquinas ahora tenían cincuenta a su cargo. Ante esto, cerca de setecientos obreros fueron al sindicato para realizar un acto de protesta en rechazo de la noria, lo que obligó a la empresa a postergar su plan.¹⁸

En Grafa, por su parte, en la sección cardas, se había organizado una comisión de lucha por la jornada de seis horas con pago de ocho, una conquista perdida tiempo antes. En una nota, esta comisión denunció que, de las tres comisiones internas que en su programa habían prometido lograr la jornada de seis horas, ninguna había hecho nada.¹⁹ *Nuestra Palabra* publicó una carta firmada por un obrero de Grafa en la que se afirmaba lo siguiente:

17. *Nuestra Palabra*. 17 de agosto de 1954.

18. *Nuestra Palabra*. 8 de marzo de 1955.

19. *Nuestra Palabra*. 19 de octubre de 1954, y 8 de marzo de 1955.

«La comisión interna no hace nada por atender nuestras reclamaciones. No podemos confiar en estos elementos al servicio de la patronal y debemos, en cambio, empeñarnos en organizarnos en una comisión unitaria de lucha, en la que participen todos los compañeros obreros y empleados de esta sección, para luchar por: aumento inmediato general del 50% en sueldos y salarios; instalación de equipos de ventilación; entrega de dos equipos de ropa por año; instalación de roperos para todos los obreros; entrega de un litro de leche gratuitamente por día».²⁰

Esto demostraba los problemas aún vigentes en las comisiones internas y también la pervivencia de cierta presencia comunista en las plantas.

En Sudamtex, un bastión de la dirigencia original de la AOT, en diciembre de 1954 se efectuó una asamblea en la que se denunció el ritmo impuesto por la empresa y el aumento de máquinas que debía atender cada obrero. Los comunistas criticaron la posición pro patronal de la comisión interna. Incluso, en una intervención, uno de sus miembros pretendió dividir a los obreros de hilandería y tejeduría al plantear que, si en la primera de las secciones se realizaban actividades los sábados por la tarde, se aseguraría el trabajo para los obreros de la segunda. Este intento fracasó. Hubo una nueva asamblea el 15 de mayo de 1955, convocada para analizar una vez más el proyecto de trabajar los sábados por la tarde en nombre de la «campana de productividad». Allí, Mujica y miembros de la comisión interna sugirieron que el consejo directivo de la AOT se encargara de tomar la decisión final sobre el paquete de propuestas patronales. Sin embargo, y ante la movilización obrera, terminaron prometiendo llamar nuevamente a asamblea y no imponer nada que no fuera consultado antes con el personal.²¹

En mayo, los delegados de Ducilo fueron citados por la dirección sindical para tratar el aumento de la productividad. Los delegados plantearon que la patronal era la única beneficiada y sostuvieron que se debía comenzar por hacer pagar las consecuencias de la crisis a la empresa. En relación con el incremento de la productividad y los precios, señalaron que en la fábrica de nylon se había implementado un procedimiento por el cual el costo de la producción había bajado en un 50%, pero el producto se había encarecido. Por eso, proponían control obrero de la producción y de los precios.²²

Aunque a diferente escala, a lo largo de la década, el gremio textil mantuvo la movilización en las empresas. La conflictividad descentralizada continuó siendo relevante, aún más en las grandes fábricas del sector y, en particular, en las ramas más dinámicas, como algodón y rayón.

20. *Nuestra Palabra*. 19 de octubre de 1954.

21. *Nuestra Palabra*. 14 de junio de 1955.

22. *Nuestra Palabra*. 31 de mayo de 1955.

Las últimas iniciativas patronales

Durante el período comprendido entre la firma de los convenios de 1954 y el golpe de Estado, las cámaras patronales habían mantenido cierto diálogo. Habían participado en el CNPyBS y apoyado al gobierno en el que, finalmente, sería el intento final de restablecer la disciplina y el rendimiento obrero industrial.

El discurso pronunciado por Perón en el acto inaugural del Congreso de Organización y Relaciones de Trabajo (del 23 al 28 de agosto de 1954) fue publicado como folleto por la Cámara Argentina de la Industria Metalúrgica (CAIM) para su distribución entre el personal dirigente, empleados y obreros. La entidad consideraba conveniente hacer llegar a sus trabajadores las palabras del presidente sobre el necesario aumento de la productividad. Al fin y al cabo, la de la productividad era también una campaña moral y psicológica. En el mismo evento, José Gelbard, máximo dirigente de la Confederación General Económica (CGE), había afirmado al respecto:

«No es suficiente con saber qué es lo que corresponde hacer en cada caso, hay que crear aquello sin lo cual todos los esfuerzos sobre productividad equivaldrían a edificar sobre arena; esto es: un buen clima psicológico. Tenemos que originar una mejor actitud de los empresarios y los trabajadores hacia el trabajo mismo, porque habiendo dado pruebas de sus valiosas capacidades, deben ahora redoblar los esfuerzos para contribuir a la conquista del progreso económico a que todos debemos aspirar como un deber irrenunciable».²³

Otra vez aparece aquí la cuestión subjetiva de la clase. Ese clima psicológico al que se refiere Gelbard remite a una situación general de rebeldía, de resistencia, que excedía las políticas sindicales particulares. En los editoriales de *Metalurgia*, a fines de 1954, se repetían estos mismos puntos. La educación, la subjetividad obrera (y también patronal) formaban parte constitutiva del problema:

«(...) Los obreros se encontraron de pronto frente a derechos y deberes que no se habían plasmado aún en su conciencia. La realidad social superó al elemento humano a que se aplicaba. La conciencia patronal tampoco estaba madura para aceptar una justicia que consideraba violatoria de sus derechos. El choque de esas dos incomprensiones dio motivo a luchas enconadas, que pocas veces trascendieron los límites de cada fábrica, pero que quebrantaron el orden antiguo, la disciplina unilateral, y

23. *Metalurgia*. Agosto de 1954, pág. 9.

minaron la productividad del trabajo. Todavía no nos hemos repuesto de aquellos sucesos».²⁴

Esta postura no implicaba, sin embargo, el abandono de las reivindicaciones que venían manteniendo desde tiempo antes. Las tres ponencias que la cámara metalúrgica presentó a comienzos de 1955 para ser discutidas en el CNPyBS tenían por título: «Agremiación Conjunta de Empleados y Obreros», «Reglamento para Control del Ausentismo» y «Reglamento de Relaciones Internas». Lo que podríamos considerar las tres preocupaciones centrales de la patronal metalúrgica en la década peronista.

Los industriales textiles también participaron activamente del CNPyBS. Para ellos, era una oportunidad importante para recomponer el poder perdido. El 16 de marzo de 1955, se realizó en el local de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires un acto cuyo objetivo era demostrar su adhesión al congreso. Federico Grether, presidente de la Federación Industrial Textil Argentina, y José Gelbard ofrecieron sendos discursos.²⁵ Las palabras del primero fueron representativas de la posición patronal textil, que se esperaba del CNPyBS y del gobierno para mejorar la situación existente:

«(...) Nosotros podemos decir enfáticamente que no queremos ni deseamos que el aumento de la productividad, se logre comprometiendo la integridad física y moral de los trabajadores en nuestra industria textil, ni mucho menos menoscabando su dignidad humana, pero así como entendemos y sostenemos que mayor productividad no significa mayor esfuerzo, también debemos señalar que aquellos obreros que rindan en condiciones inferiores a las normales para su trabajo deberán ponerse a tono con el nivel común de eficiencia que sea técnicamente posible, con lo cual se logrará evitar el estancamiento que al fin y al cabo, en la tónica actual del mundo, no puede significar otra cosa que un sensible y muchas veces irreparable retroceso (...). Dentro de tal orden de ideas es necesario que se produzcan acuerdos con el objeto de eliminar de los convenios colectivos de trabajo de nuestra actividad las cláusulas que, como las que establecen limitaciones al número de máquinas, traban el aumento de la productividad».²⁶

Para los industriales, luego de casi una década, la situación parecía no haber cambiado: continuaban existiendo limitaciones en los convenios colectivos y un nivel de ausentismo altísimo.

24. *Metalurgia*. Noviembre de 1954, pág. 3.

25. *Gaceta Textil*. Marzo de 1955, págs. 23-24.

26. *Ibid.*

Las cámaras patronales siguieron presionando al gobierno hasta los momentos finales para que modificara cierto *statu quo* sindical. El 14 de julio de 1955, apenas dos meses antes del golpe de Estado, la Federación Argentina de la Industria Metalúrgica (FAIM) volvió a insistir con la sanción del reglamento de comisiones internas. En la nota, dirigida una vez más al ministro de Trabajo, Alejandro Giavarini, se remarcaban las reiteradas ocasiones en que se había realizado el pedido. Se quejaban amargamente que, desde la firma del convenio en marzo de 1952, donde constaba el compromiso de la UOM para negociar este reglamento, habían pasado tres años.

Unos días antes, un conflicto aislado en la firma FAVE SA había reavivado aún más la tensión. La propia federación había intervenido, pese a que era un caso aislado en el que el problema nada tenía que ver con la dirigencia de la UOM. En realidad, ese era uno de los puntos que más preocupaba: la posibilidad de movilización autónoma que detentaban las bases, sobre todo, teniendo en cuenta las pocas herramientas con las que la patronal contaba:

«Es muy difícil que en estas situaciones planteadas de hecho, la mayoría de las veces sin el conocimiento o intervención previa de la propia organización obrera, puedan lograrse soluciones directas con el industrial, sin menoscabo de su autoridad dentro su empresa, que tiene la obligación de salvaguardar (...)».²⁷

El mismo tema reaparece un mes después, en agosto de 1955, en el editorial de *Metalurgia*, donde se comenta que estaban comenzando a desarrollarse conflictos en varios establecimientos, principalmente, en la forma de trabajo a desgano. En esas fábricas, los obreros solicitaban aumentos salariales particulares, por planta. Ante esto, la patronal afirmaba que debía ser tarea específica, tanto de las organizaciones obreras como de las empresas, terminar con estos movimientos. Planteaban la seria necesidad de disciplinar a sus asociados para que no apelaran a medidas por fuera de la ley estipulada para el caso.²⁸

Control sindical sobre prerrogativas patronales, límites al aumento del ritmo de trabajo, trabas a las transformaciones en los métodos de trabajo, indisciplina, ausentismo, altos niveles de movilización: todos estos puntos recorren el período en las plantas metalúrgicas y textiles de Buenos Aires y sus alrededores. Obviamente, con el correr de los años, hubo cambios, pero, para el sector patronal, no todo lo positivo que esperaban. El fracaso en las negociaciones colectivas de 1954 y en el CNPyBS había confirmado que el retorno de ciertos niveles de poder en sus plantas no se podía dar bajo el peronismo. La resolución debía ser política y drástica.

27. *Metalurgia*. Julio de 1955, pág. 19.

28. *Metalurgia*. Agosto de 1955, pág. 3.

Luego del golpe, las cámaras industriales metalúrgica y textil afirmaron su satisfacción. Otro editorial de *Metalurgia*, en septiembre de 1955, comienza con la siguiente frase: «El país celebra alborozado el restablecimiento de las libertades ciudadanas...».²⁹ *Gaceta Textil*, por su parte, tituló: «La Patria se abre camino», y homenajeaba en su edición a las nuevas autoridades «surgidas del movimiento liberador».³⁰

Una vez desplazado Perón, los industriales retomaron la agenda que el peronismo había impuesto. Observar la negociación colectiva metalúrgica de 1956, aunque trascienda nuestro recorte, es útil para iluminar las continuidades en las políticas de racionalización y en la resistencia obrera a ellas.

La CGT y el golpe

El golpe de Estado ocurrido en septiembre de 1955 encontraba a los sindicatos textil y metalúrgico con sus direcciones renovadas. En el caso de la CGT, la situación fue diferente. Había tenido, en esos últimos meses, cambios importantes, pero lejos estaban de contar con los niveles de renovación que tuvieron los de los gremios analizados aquí.

Como cada fin de año, el 8 de diciembre de 1954, se reunió el Comité Confederal Central de la CGT. En él, fueron reelegidos Eduardo Vuletich (secretario general) y Hugo Di Pietro (secretario adjunto). Sin embargo, siete meses después, a principios de julio de 1955, el consejo directivo y el secretariado de la CGT aceptaba la renuncia de Vuletich, quien la había presentado por razones de salud.³¹ Fue reemplazado por Di Pietro, quien, además, era secretario adjunto de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE). La CGT cambiaba de secretario general, pero no de dirigencia.

Además de implicar razones de salud, la renuncia de Vuletich parecía responder a motivaciones políticas. Era un intento de descomprimir el panorama con la oposición, puesto que esta figura había encabezado en gran medida la campaña anticlerical de los últimos meses.

En los días finales del gobierno peronista,³² la política de la CGT fue contradictoria. El 7 de septiembre, en una reunión realizada en su sede por los miembros del secretariado, el CD y los secretarios general de sindicatos confederados de Buenos Aires y sus alrededores, se había resuelto proponer al Ministerio de Ejército la creación de milicias civiles armadas, que coadyuvaran en la defensa de la Constitución, la ley y las autoridades constituidas.³³ En el encuentro, incluso se había puesto como ejemplo el

29. *Metalurgia*. Septiembre de 1955, pág. 3.

30. *Gaceta Textil*. Agosto de 1955, pág. 3.

31. *El Líder*, 02/07/55.

32. Godio, *La caída de Perón de junio a setiembre de 1955*.

33. *La Opinión (Avellaneda)*, 08/09/55.

caso del presidente de Bolivia, quien, por contar con milicias civiles, había podido sofocar intentos subversivos reaccionarios.

Transcurrida una semana, al declararse la rebelión, la postura inicial de la CGT fue de cautela. Luego, el 18 de septiembre al mediodía, habló Di Pietro por la radio y dijo, entre otras cosas:

«(...) La acción contra cualquier foco insurrecto debe ser enérgica y decidida, sin contemplaciones de ninguna especie. Todo trabajador luchará con las armas y medios que tenga a su alcance para aniquilar definitivamente a los traidores de la causa del pueblo, que se han levantado contra el gobierno y a los que intentaren hacerlo (...). Compañeros, nuestro destino que es la defensa de nuestra dignidad y de las conquistas logradas, nos impone no escatimar ningún esfuerzo ni aún la propia vida».³⁴

Este discurso beligerante mutaría drásticamente una vez que renunciara Perón. El 21 de septiembre por la tarde, Di Pietro volvió a hacer uso de la radio:

«En momentos en que ha cesado el fuego entre hermanos y por sobre todo se antepone la Patria, la CGT se dirige una vez más a los compañeros trabajadores para significarles la necesidad de mantener la más absoluta calma y continuar con sus tareas recibiendo únicamente directivas de la central obrera. Cada trabajador en su puesto, por el camino de la armonía para mostrar al mundo que los argentinos forman un pueblo de hombres de bien, pues solo en la paz de los espíritus es posible promover la grandeza de la Nación, que es el modo de afianzar las conquistas sociales. Miremos de frente, tengamos fe. Lo demás lo hará la Patria».³⁵

Las declaraciones finales de Di Pietro ponían el acento en la patria y en el fortalecimiento de la Nación como medio para asegurar las conquistas sociales. Rápidamente, una vez derrocado Perón, la dirigencia sindical, expresada aquí en Di Pietro, se embarcaba en la defensa de sus intereses particulares.

Comenzaba esa primavera una nueva etapa en la resistencia obrera drásticamente diferente: el movimiento sindical se encontraba ante una dictadura y una derrotada política, pues, al fin y al cabo, el gobierno removido no había sido solo de Perón, sino también suyo.

34. *La Opinión*. Avellaneda, 19 de setiembre de 1955.

35. *La Opinión*. Avellaneda, 22 de setiembre de 1955.

Huelga y negociación colectiva metalúrgica de 1956

Dos meses después del golpe de Estado, el editorial de *Metalurgia* se tituló «Las relaciones laborales». En el texto, se encuentran afirmaciones como las siguientes:

«Debemos cambiar la mentalidad del obrero en cuanto a su función en la fábrica, sin volver a la mentalidad patronal anterior.

«Conocemos bien el cúmulo de arbitrariedades que tuvieron que soportar [los empresarios]. La tranquilidad con que se desarrollaban las relaciones con los obreros no estaba basada en el justo reconocimiento de los deberes y derechos recíprocos, sino en la política de dejar pasar, de dejar hacer, que al final hubieron de adoptar los empleadores.

«Así admitieron la existencia de obreros, denominados delegados, cuya función única era recorrer el establecimiento promoviendo cuestiones para plantear a la "patronal"; reuniones continuas de grupos de personal que dejaba su trabajo para tratar asuntos "sindicales", palabra "tabú" que alejaba toda posibilidad de inmiscuirse para inquirir por qué se perdía tiempo (...).»³⁶

Los industriales deseaban una radical transformación en los lugares de trabajo; querían recuperar el poder perdido. Ahora, con el nuevo gobierno militar, sin la traba política que significaba el peronismo, parecía posible.

En este apartado, estudiaremos la negociación y la huelga metalúrgica de 1956, considerando las nuevas condiciones políticas, las continuidades en el conflicto capital-trabajo y las semejanzas que presentaban con lo ocurrido dos años atrás.

El gobierno militar y las relaciones sindicales

Al ser derrocado Perón, asumió la presidencia el general Eduardo Lonardi, expresión de la vertiente más católica y nacionalista del Ejército. No obstante, las medidas que adoptó en los primeros días no fueron lo suficientemente duras según la opinión de la línea liberal del movimiento triunfante, lo que provocó que perdiera importantes apoyos y, finalmente, el poder. Desplazado Lonardi, el general Pedro Aramburu se hizo cargo del Poder Ejecutivo el 13 de noviembre de 1955.³⁷

Juan Carlos Torre afirma que, si hubo un ideal general pos 1955 que unificó a las fuerzas sociales constitutivas del antiperonismo, fue revertir la

36. *Metalurgia*. Noviembre de 1955, pág. 3.

37. J. Torre. *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1983.

distribución del ingreso, acrecentar la disponibilidad de la fuerza de trabajo para ponerla al servicio de la racionalización de la producción y, sobre todo, como adelantamos, crear un orden político menos dependiente del sostén activo de la clase obrera. El gobierno de Aramburu, como no pudo hacerlo Lonardi, se embarcó en este proyecto inmediatamente. Es decir, buscó modificar el modelo de acumulación de capital, para lo que debía llevar a cabo la anulación de las conquistas sociales y económicas obtenidas por el movimiento obrero. Era fundamental erradicar el peronismo como fenómeno en los ámbitos político, social y simbólico. La política del gobierno concebía el peronismo como «una aberración que debía ser borrada de la sociedad argentina». La avanzada involucró desde la represión más llana hasta el cambio de las formas institucionales, lo que implicaba la alteración de ciertas normativas laborales.

Una de las primeras medidas fue la intervención militar de la central obrera, a cuyo frente se nombró al capitán de navío Alberto Patrón Laplacette. También fueron intervenidos muchos sindicatos adheridos a ella, incluyendo a la UOM. Se dispuso, además, la prohibición de ocupar cargos gremiales a quienes habían actuado en puestos jerárquicos de la CGT, dirigentes de segunda línea y miembros directivos de seccionales desde 1952. En el aspecto legal, mediante distintos decretos, se ordenó suspender la reglamentación laboral vigente, quebrando, así, el principio de sindicato único. Sin embargo, más allá del ataque a las organizaciones obreras, el objetivo central era destruir los organismos de base fabril, esto es, emprender una acción política molecular que permitiera, finalmente, cambiar la relación de fuerzas imperante en las fábricas y revisar los convenios colectivos para quitar las cláusulas que atentaban contra un incremento de la productividad y una revitalización de la tasa de ganancia.³⁸

La resistencia obrera a los cambios que suponía la política de Aramburu se manifestó, en un comienzo, en una rebelión contra los efectos concretos del disciplinamiento que se buscaba imponer, expresada en la negativa a colaborar con la implantación de las medidas de racionalización. Esto supuso un desafío a la autoridad patronal en el proceso de producción e implicó que los planes de racionalización no fueran implementados con total profundidad. Ante la intervención oficial de las estructuras centralizadoras, la organización de la resistencia obrera fue espontánea y localizada. No tuvo coordinación nacional o local. Se llevó a cabo a través de organizaciones semiclandestinas que generalmente actuaban en plantas con baja relación entre sí. Pese a esto, y en virtud de la movilización, el gobierno y los interventores terminaron reconociendo de hecho las organizaciones de base, que

38. A. Schneider. *Los compañeros: trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2005; D. James. «Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina». En: *Desarrollo Económico*, vol. 21, n.º 83: Buenos Aires (1981).

se convirtieron en el punto de partida de la reconstrucción del movimiento obrero peronista y de la recuperación de sus órganos directivos.³⁹

La política de disciplinamiento obrero y erradicación del peronismo había fracasado. Esto se evidenció en la conformación de las comisiones que negociaron salarios en 1956, donde la amplia mayoría de los cuerpos de delegados estaba compuesta por peronistas. A su vez, estas discusiones salariales llevaron a que se produjeran numerosas medidas de fuerza, que quebraron el tope de haberes sugeridos y contribuyeron a la reorganización sindical. De este proceso, emergió una nueva camada de activistas, con una postura más intransigente y combativa (acompañados por ciertos dirigentes del período anterior, como Andrés Framini, Augusto Vandor, Amado Olmos, Paulino Niembro, José Alonso y Eleuterio Cardozo).⁴⁰ Los nuevos eran liderazgos forjados en la lucha de base de carácter democrático y espontáneo, y llevaron estas nuevas prácticas a sus gremios, lo que propició una mayor democratización y participación, a la vez que una mayor identificación entre bases y líderes. Este rasgo se vio potenciado por un aumento de la voluntad de las bases de participar. El balance del período no podía ser peor para el tándem militar-empresarial: al fracaso de su política, se agregaba la acumulación de experiencia de lucha de la clase obrera.

A propósito de la cuestión particular de la disciplina y el rendimiento laboral, durante el gobierno de Aramburu se llevaron a cabo algunos intentos por abordar el tema de la racionalización y la productividad. Ya advertimos que esta preocupación había estado presente durante todo el período peronista. En el caso de la dictadura nacida en 1955, su estrategia se basó en dos puntos. Por un lado, se usó la fuerza del Estado y la patronal para debilitar el movimiento obrero en general y las comisiones internas en particular. Por otro lado, el gobierno se armó de los medios legales. En este sentido, la medida crucial fue el decreto 2.739, de febrero 1956, sobre todo, su artículo octavo, que autorizaba la movilidad obrera que surgiese de las reorientaciones de la producción, la implementación de esquemas de incentivos, el derecho de la patronal a firmar acuerdos individuales de productividad con sus obreros y, por último, la eliminación de condiciones, calificaciones y cláusulas que obraran en contra de la necesidad nacional de aumentar la producción. Sin embargo, es necesario reconocer que los cambios producidos en los lugares de trabajo fueron menores de lo que la patronal hubiese deseado.⁴¹

El golpe de 1955 conforma, entonces, una nueva coyuntura. En ella, la continuidad de la resistencia obrera no debe apartarnos de la apreciación de

39. D. James. *Resistencia e integración: El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana, 1990.

40. Schneider, *Los compañeros: trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*.

41. James, «Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina».

su carácter en las condiciones dadas por un régimen político y un modelo de acumulación determinados. Durante el peronismo, la referencia permanente de la praxis de los trabajadores se encontraba en los principios ideológicos y las formas institucionales constituyentes del Estado. La dictadura anti-peronista posterior obligó a la clase obrera a replegarse sobre una actitud defensiva, pero simultáneamente profundizó la convergencia de lucha política y lucha económica en los conflictos laborales. Si la oposición a las propuestas empresariales antes de septiembre de 1955 significó un principio de impugnación a la política de conciliación justicialista, en la coyuntura de embestida orgánica del bloque de dominación de 1956, la continuidad de la resistencia representaba una impugnación estructural al régimen. El factor de continuidad entre ambos momentos es la persistente lucha de los trabajadores en las plantas mediante organizaciones de base.

En el segundo semestre de 1956, hubo diversas medidas de fuerza por reclamos salariales en los gremios telefónico, gráfico, ferroviario, de la carne y del tabaco. Pero la huelga más representativa de la etapa fue la metalúrgica. Según Alejandro Schneider, en ella, convergieron puntos clave del período: la resistencia obrera a la ofensiva dictatorial y empresarial, la dirigencia formada durante el peronismo y el surgimiento de un nuevo activismo. De estos puntos, nos centraremos fundamentalmente en el primero.⁴²

La negociación metalúrgica de 1956

En el marco de las negociaciones paritarias previstas,⁴³ el 25 de enero de 1956, la FAIM había hecho llegar al ministro de Trabajo y Previsión, Dr. Raúl Migone, un memorándum en el que exponía sus observaciones sobre las cláusulas del convenio colectivo metalúrgico que afectaban la productividad y la disciplina en los lugares de trabajo y que, de acuerdo con las nuevas normativas, debían ser eliminadas. Unos meses después, ante la inminencia del comienzo de las negociaciones, la FAIM envió una nueva nota que actualizaba aquel documento. En este segundo memorándum, los empresarios manifestaban que estos puntos no eran innovaciones del momento, sino aspiraciones de larga data que nunca se habían concretado. Su objetivo era reconquistar un poder perdido:

«La responsabilidad del operario en su trabajo, el respeto mutuo entre patronos y obreros, el orden y disciplina en los establecimientos, la productividad en común esfuerzo de ambas partes

42. Schneider, *Los compañeros: trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*, págs. 93-96.

43. Esta reconstrucción se basa en las actas de la Comisión Paritaria Metalúrgica de 1956, disponibles en el Archivo General de la Nación. Ministerio de Trabajo. *Serie Laudos arbitrales. Caja 22.437. Expediente 37.554/56 y complementos 38.838/57 y 52.013/58*. AGN.

y la ausencia de privilegios unilaterales injustificados, constituyen en concisa síntesis el panorama real que debe reinar para que pueda concretarse la normalización industrial en el campo gremial».⁴⁴

Para lograrlo, propiciaban la imposición de medidas específicas. En primer lugar, reglamentar las condiciones de actuación en la fábrica de las comisiones internas y los cuerpos de delegados, «transformándolos de organismos de perturbación en verdaderos representantes obreros». De esa manera, el empleador volvería a contar con su «derecho incuestionable y exclusivo para disponer de su establecimiento». En segundo lugar, otorgar garantías legales a los capataces, supervisores, encargados, inspectores y cualquier otro empleado de vigilancia y control para que pudieran ejercer sus funciones de dirección sin dependencia ni interferencia sindical. En tercer lugar, establecer normas tendientes a suprimir el ausentismo injustificado. Y por último, eliminar el artículo del convenio que protegía a los delegados, ya que estos se habían convertido en «un ente inmune a cualquier sanción».⁴⁵

El sector industrial ya había expuesto sus deseos ante el gobierno cuando, el 17 de julio de 1956, la Dirección Nacional de Trabajo y Acción Social Directa dispuso la constitución de la Comisión de Revisión Laboral, que tendría a su cargo el convenio entre la UOM y la FAIM. El sindicato metalúrgico, aún intervenido, dos días después presentó sus intenciones en un anteproyecto de convenio con más de cien artículos. De los puntos mencionados en el párrafo anterior, se mantenían todos sin modificaciones. En relación con los salarios, los incrementos solicitados eran cercanos al 90%. Según la FAIM, en él, se propiciaban modificaciones sustanciales en casi todas las condiciones generales, ampliando beneficios sociales y trabando la labor productiva. Se proponía una nueva clasificación y se pedía aumento para los jefes y capataces. El anteproyecto presentado por la UOM estaba lejos de los objetivos patronales. En la comisión, representaban a los trabajadores metalúrgicos el interventor, general Bartolomé Gallo, Jorge Salgado, Juan Miguel Barloa, Mario Trenti, Juan Consolo, Romeo Díaz, Carlos Baner, Carlos Pacheco, Martín Zerbola y Juan Miranda. En respuesta a esta presentación, una semana después, el 26 de julio, la FAIM envió una nota a la comisión paritaria en la que se negaba a considerar la propuesta y se enfatizaba la necesidad de discutir en los marcos fijados por la «Revolución Libertadora», específicamente, en el artículo octavo del decreto 2.739/56. Un tiempo antes, el 19 de julio, el director nacional de Trabajo y Acción Social Directa, capitán de corbeta Luis A. Cabut, había afirmado en una intervención radial:

«Lo actuado por las paritarias deja entrever que el decreto 2.739/56 no ha sido comprendido plenamente. Pese a que el

44. *Ibíd.*, foja 2.

45. *Ibíd.*, fojas 2-3.

mismo determina en forma clara y precisa cuáles deben ser las materias de discusión, los petitorios presentados se apartan en muchos casos de las normas establecidas en los artículos 8º y 11º del mencionado decreto. La lectura de los mismos permite apreciar una tendencia a solicitar cosas que el sentido común debe rechazar, pues, prácticamente, son imposibles de obtener».⁴⁶

Para este funcionario, solo debían discutirse salarios y productividad. Según Daniel James, esta resolución buscaba frenar cierto entusiasmo empresarial por transformar los convenios. Sin embargo, las fuentes consultadas muestran que su objetivo era el opuesto.

A fines de julio, en una nueva nota, la representación obrera rechazó los planteos de la FAIM, ya que consideraba que licuaban la importancia de la comisión. Los representantes de la UOM se encontraban en una disyuntiva crítica debido a su doble legitimidad. Por un lado, debían responder a los designios del nuevo gobierno que había hecho posible su ascenso y, por ende, evitar cualquier conflicto laboral. El intento del binomio estatal-empresarial de traducir el cambio en la relación de fuerzas a nivel de la política nacional, en un cambio de la relación de fuerzas en la fábrica, sufría la imposibilidad de consolidar el control de las asociaciones intermedias en función del programa de máxima. Por el otro, pensando en el aspecto sindical, no podían transigir en todo con la patronal, pues eso evitaría que logaran un real afianzamiento dentro del gremio. Esta disyuntiva se observa claramente si consideramos el anteproyecto presentado – que desoye las recomendaciones patronales y gubernamentales – y lo comparamos con sus deseos de colaborar con los «altos fines que animan al Gobierno en su afán de obtener la recuperación económica del país».⁴⁷ La representación metalúrgica afirmaba obedecer un mandato imperativo de la Convención Nacional del Gremio Metalúrgico, que surgía de los términos claros y categóricos de la «Declaración de Principios» aprobada y sancionada por ella. Algunos de los puntos de la declaración muestran la situación incómoda en la que se encontraban los sindicalistas «democráticos»:

1. Las nuevas concepciones entre capital y trabajo deben tender a armonizar inquietudes, necesidades y disposiciones de cuyo entendimiento surja como eminente resultado, un equilibrio social en el que no se vea postergado ninguna de las aspiraciones de los trabajadores dentro del enfoque humano (...).
2. En el campo de la legislación, el lastre de viejas concepciones anacrónicas, plenas todavía de un criterio harto

46. Ministerio de Trabajo, *Serie Laudos arbitrales*. Caja 22.437. Expediente 37.554/56 y complementos 38.838/57 y 52.013/58, foja 10.

47. *Ibíd.*, foja 15.

estrecho en el que el trabajador era utilizado por intereses creados, debe ser suplantado por un sentido humano que haga del trabajo, fuente de toda riqueza, un campo de justicia equitativa, desplazando los abusos por un clima armónico, único, capaz de consolidar la grandeza de la Patria, y una tranquilidad social, en que la familia, razón de ser de todo el país, goce de una mejor convivencia económica y de vínculos.

3. El viejo sindicalismo de lucha de clases, inoperante por las continuas fricciones, resquemores y odios que genera, debe ser superado por la concepción de un sindicalismo que propenda a un mayor entendimiento, sobre una realidad fecunda que nos dé las bases de una institución hacia la cual debemos marchar todos los trabajadores convencidos del ideal supremo de una superación constante. Sustentamos como piedra angular en nuestros principios que todo derecho trae inherente una obligación y que tal principio no ha de ser unilateral; para ello el sindicalismo debe ser una concepción más racional y técnica, acorde con nuestras necesidades, nuestra idiosincrasia y nuestra economía (...).⁴⁸

Mandatados por la Convención Nacional, la representación obrera se oponía claramente a discutir únicamente salarios y productividad. Basándose en los propios decretos de la dictadura, consideraba que su anteproyecto era válido. Interpretaba equivocada la postura patronal y solicitaba al gobierno que intercediera, para así discutir con libertad el convenio:

«Las normas del decreto 2.739/56 están destinadas a la recuperación nacional del país, y esta solo se logrará con el libre juego de intereses de trabajadores y empresarios (...). Decidir lo contrario sería ir contra la ley, traicionar los principios democráticos de la Revolución Libertadora, y sería finalmente, volver estériles todos los esfuerzos hechos hasta hoy por el Gobierno, para lograr la paz en las relaciones de obreros y patronos».⁴⁹

Los líderes de la UOM intervenida pedían al gobierno apoyo, pues, sin él, el dominio del sindicato sería efímero. La discusión giraba en torno a la interpretación de las leyes de la dictadura, y esta, ante las presiones cruzadas, debía venir del propio gobierno. Finalmente, resolvió sostener la postura patronal de discutir únicamente salarios y productividad, ante lo cual, el

48. *Ibíd.*, fojas 18-19.

49. *Ibíd.*, fojas 28-29.

6 de agosto, la representación obrera presentó una apelación. En el acta de la reunión paritaria, se lee que estos últimos dejaron expresa constancia de su plena colaboración con el gobierno y que su posición era producto de la intransigencia obstructiva de la parte patronal. Luego de un intento de acuerdo trunco, el 23 de agosto, en otra reunión paritaria, recalcaron que la postura patronal de no querer analizar condiciones de trabajo estaba provocando la inquietud en el gremio, una situación que no llegaba a una mayor gravedad gracias a la postura «patriótica» adoptada por la UOM intervenida, ya que, a través de las principales radios, habían propalado comunicados para desautorizar los paros que, de forma espontánea, estaban por producirse.

En la reunión del 3 de septiembre, la representación patronal llamó la atención sobre la huelga parcial anunciada para el día siguiente. Además, afirmaron que todos los medios de difusión indicaban que el paro había sido dispuesto por la Comisión Paritaria. Schneider afirma que las negociaciones fueron acompañadas de una serie de paros parciales a partir de ese momento.⁵⁰ Las tratativas estaban completamente trabadas cuando, el 25 de septiembre, la FAIM entregó una nota al presidente de la Comisión Paritaria Metalúrgica en la que se consideraba necesario que el MTyP se pronunciara. Según los industriales, el hecho de que, por más de dos meses, la comisión no pudiera avanzar se debía a que la parte obrera había presentado «un desmesurado petitorio solicitando reclasificaciones del personal, modificación substancial en las condiciones de trabajo, aumentos importantes en los beneficios sociales y salarios». Sin embargo, fueron ellos el primer actor en ceder. Al no poder destrabar el acuerdo, la FAIM hizo una nueva propuesta el 17 de octubre, con el fin de resolver la cuestión. Esta consistía en apartar de la discusión los problemas que hacían a la productividad y al mejor funcionamiento de los establecimientos industriales. Es decir, que se aceptase la prórroga de todas las cláusulas del convenio vigente, con excepción de las escalas salariales. Este proyecto se refería únicamente al personal no excluido del convenio en virtud de las disposiciones dictadas por el gobierno en cuanto a funcionarios jerarquizados y supervisores.

La huelga metalúrgica de 1956

Pese a la nueva propuesta, la representación obrera no se mostró conciliadora. La UOM informó que el Plenario Nacional de Delegados había resuelto rechazar el planteo patronal e intinar a la discusión íntegra del anteproyecto, con plazo hasta el 6 de noviembre. El 8 de ese mes, la Comisión Paritaria Nacional de la UOM informó al nuevo ministro de Trabajo y Previsión, Dr. Horacio Aguirre Legarreta, que el Plenario Nacional había decidido decretar un paro de veinticuatro horas en señal de protesta y repudio al decreto

50. Schneider, *Los compañeros: trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*.

2.739 y a la intransigencia patronal, respectivamente. La medida comenzó el 12 de noviembre. Luego, ante la negativa patronal de mejorar la oferta de aumento del 20%, se votó una huelga general,⁵¹ que duró más de cincuenta días entre noviembre y diciembre. A lo largo de este tiempo, la medida de fuerza fue centrándose cada vez más en la liberación de los trabajadores detenidos y la reincorporación de millares de despedidos.

La huelga fue declarada ilegal por el Ministerio a través de una resolución del 16 de noviembre. En el texto, se consideraba que, habiéndose adoptado por las partes en las deliberaciones de la Comisión Paritaria posiciones definitivas y que imposibilitaban todo acuerdo, se había decidido el pase de las actuaciones al Tribunal Arbitral. Esta situación hacía que las medidas de fuerza resultaran inconducentes e inapropiadas, pues solo podían interpretarse como un verdadero alzamiento contra las instituciones del Estado. Además, continuaba la resolución, «en el presente caso la huelga se agravaba en la medida en que aparecía dispuesta por un congreso de delegados convocado para que cumpliera previos y determinados objetivos pero que excediendo los límites de sus facultades, había pretendido arrogarse la representación del gremio pasando por sobre las legítimas autoridades actuales».⁵²

La huelga no tuvo una dirección homogénea y centralizada, pero sí un alto despliegue. Los delegados que lideraron el conflicto respondían a distintas orientaciones gremiales: hombres vinculados a Abdala Baluch, miembros cercanos a Augusto Vandor, sectores pertenecientes a los libres que encabezaron la Comisión Paritaria, militantes comunistas y trotskistas. Según Daniel James, los comités de militantes de base que la dirigían constituyeron una formidable estructura organizativa. En el desarrollo de la lucha, algunas seccionales, como Avellaneda, Capital Federal, La Matanza y Vicente López, manifestaron una notable actividad y una fluida comunicación con cuerpos de delegados y obreros de diferentes empresas ajenas al gremio. La represión fue sostenida y profunda. James describe cómo el gobierno distribuyó volantes durante la huelga en los que exhortaba a los comerciantes de Avellaneda y Lanús a no abrir créditos a los huelguistas. Tanques y tropas patrullaron las calles, y la mayor parte de las plantas fueron ocupadas por el Ejército.⁵³

Finalmente, el 8 de diciembre, cuando el Tribunal Arbitral laudó, solo lo hizo en relación con los salarios. Estos se incrementaban en un 38%,

51. James, *Resistencia e integración: El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, págs. 101-103; Schneider, *Los compañeros: trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*, págs. 93-96.

52. Ministerio de Trabajo, *Serie Laudos arbitrales. Caja 22.437. Expediente 37.554/56 y complementos 38.838/57 y 52.013/58*, fojas 48-52.

53. James, *Resistencia e integración: El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*.

	Anteriores	Propiciados por UOM	Acordados
Peón	4,75	9,00	6,55
Operario	4,90	9,28	6,76
Medio oficial	5,15	9,85	7,10
Op. especializado	5,30	10,04	7,30
Oficial	6,00	11,37	8,30

Cuadro 14.1 – Salarios por hora en \$. Fuente: elaboración propia en base a Ministerio de Trabajo. *Serie Laudos arbitrales. Caja 22.437. Expediente 37.554/56 y complementos 38.838/57 y 52.013/58. AGN.*

muy por debajo de lo solicitado en el anteproyecto. Dentro de los salarios modificados, se encontraban los de empleados, capataces y supervisores. Mientras que la UOM pidió unas pocas aclaraciones menores al Tribunal, la FAIM, en una nota presentada tres días después, afirmó que el laudo determinaba aumentos salariales que no podían ser absorbidos por las empresas y, necesariamente, deberían ser trasladados a los precios. En relación con el convenio y las cláusulas que atentaban contra la productividad, todo continuaría igual. El acuerdo firmado durante el peronismo mantenía su vigencia.⁵⁴ En el cuadro 14.1, observamos el salario anterior, lo propuesto por la UOM y lo pautado.

Los metalúrgicos se negaron a aceptar la conciliación, no tanto por el monto de incremento, sino por los cesanteados. Ante esto, el Poder Ejecutivo optó por dividir el conflicto: firmó pactos con seccionales del interior del país mientras concentraba la represión en el Gran Buenos Aires. Ante el grado de represión, el 26 de diciembre de 1956, el Plenario Nacional Metalúrgico votó finalizar el cese de actividades.⁵⁵

A pesar de tratarse de una coyuntura diferente a la de 1954, los resultados tienen una llamativa semejanza. La alianza del empresariado con el Estado instrumental de los militares septembrinos en una ofensiva por el incremento de la productividad y del disciplinamiento obrero, no fue suficiente para introducir las deseadas modificaciones. Es de destacar que, en esta ocasión, la clase obrera consiguió postergar el proyecto integral de la patronal y se sobrepuso a condiciones de acción sumamente desfavorables, dadas por el cambio en la relación de fuerzas en el ámbito de la política nacional. El triunfo cosechado por las clases dominantes en la arena político-

54. Ministerio de Trabajo, *Serie Laudos arbitrales. Caja 22.437. Expediente 37.554/56 y complementos 38.838/57 y 52.013/58, fojas 62-74.*

55. Schneider, *Los compañeros: trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973.*

institucional no pudo ser refrendado en el nivel molecular del proceso social de producción.

A modo de cierre

Las reivindicaciones patronales metalúrgicas de 1956 fueron, en gran medida, las mismas que sus dirigentes y trabajadores enarbolaron a lo largo de la década peronista. Pese a la perseverancia en el reclamo y al apoyo gubernamental, esto demuestra que no habían podido imponer sus condiciones. En el peso político y organizacional de los sindicatos debe buscarse la respuesta a este fracaso.

En términos generales, el poder sindical siguió siendo importantísimo durante esta etapa. La propia naturaleza del peronismo, el lugar de las organizaciones sindicales en la coalición gobernante, la subjetividad obrera que provocó, y el entrelazamiento del conflicto social y político generaron obstáculos insalvables para estas transformaciones, para este avance patronal. La imposibilidad de alcanzar estos objetivos en 1956 habla, asimismo, de ciertas continuidades en esas trabas.

Los resultados obtenidos por metalúrgicos y textiles no fueron semejantes. Los primeros tuvieron más éxito en su resistencia. Factores estructurales, históricos y de la propia dinámica sindical de la rama lo explican. El último año peronista no escapó a este devenir.